

PANORAMAS ORIENTALES

IMPRESIONES

DE UN

VIAJERO-POETA

CONFERENCIA
DADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID
LA NOCHE DEL 7 DE MAYO DE 1894

POR

DON JOSÉ ALCALÁ GALIANO





MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1894

Al futuro Metternich
Joaquín González
Recuerdo de su afmo
amigo y compañero.
José Alcalá Galiano

PANORAMAS ORIENTALES

IMPRESIONES

DE UN

VIAJERO-POETA

CONFERENCIA

DADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID

LA NOCHE DEL 7 DE MAYO DE 1894

POR

DON JOSÉ ALCALÁ GALIANO





MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1894



PANORAMAS ORIENTALES

IMPRESIONES DE UN VIAJERO POETA

SEÑORES:

Si, en medio del resplandor de estas luces eléctricas que nos alumbran, me oyeseis que al ir á hablaros empezaba por pedir luz, de seguro me tomaríais por ciego ó por demente. Del mismo modo si, siguiendo la rutina oratoria, empezase pidiendo vuestra benevolencia, podríais decirme: ¿qué mayor prueba de benevolencia quieres que el vernos aquí sentados, atraídos por tu humilde y olvidado nombre y dispuestos á honrarte con la generosidad de nuestra atención? Es verdad, y por eso no pido vuestra benevolencia, como no pido luz, porque sólo contando con ambas cosas he podido atreverme á ocupar este sitio. Cuando el mendigo recibe la limosna antes de pedirla, sólo le toca dar las gracias y besar la mano bienhechora.

Pero aun contando con que vuestra bondad supere á mi merecimiento, confieso que vuestra presencia me acobarda. Además, hállase presente entre vosotros un oyente sordomudo que me oye y me habla como la sombra de Hamlet.

Ved ahí el retrato del que fué maestro soberano de la palabra, el clásico orador de la tribuna española, mi ilustre, docto y elocuentísimo abuelo D. Antonio Alcalá Galiano, quien me legó el peso de su nombre, sin la fuerza de su verbo, y que parece decirme: «Habla como yo hablé, ó calla como yo callo».

Comprenderéis que hubiera seguido el segundo término de tan imperativo dilema, si la voz menos ultramundana y las seducciones de amigos cariñosos no me hubieran traido, así como sugestionado, hipnotizado, á este sitio, donde solo aspiro, no al embriagador aplauso, sino á encontrar benévolas atenciones en consonancia con mi modestia, que será mi única elocuencia.

Gracias (y no sé si darlas) á mi carrera consular, durante largos años, en que no sólo para las prosas de la vida, sino para mis cantos de poeta he tenido que valerme de las lenguas de Shakespeare, Víctor Hugo y Dante, ha consistido mi trashumante biografía en recorrer de N. á S. y de E. á O. el inmenso globo que habitamos, y que á mí, á fuerza de peregrinarle y navegarle y *ferrocarrilearle*, ha llegado, á pesar de sus 7.200 leguas ecuatoriales, á parecerme, como á Sancho, pequeñísimo grano de mostaza, haciendo de mí, no un cosmopolita, como hiperbólicamente se dice, sino más bien un *globopolita*, pues á pesar de mis vuelos fantásticos á los espacios siderales ó imaginarios, mi cuerpo, aun impulsado por la fuerza centrífuga del espíritu, no ha podido sustraerse á la centrípeta del planeta y lanzarse en busca de esa Cosmópolis, de que se declaran ciudadanos algunos *universalistas* que sólo han visto el mundo desde el campanario de su aldea.

El último viaje á que el Destino y mi destino me han empujado ha sido uno de los más interesantes y pintorescos, no sólo por los recuerdos que ha evocado, sino por los grandiosos escenarios que el teatro de la Naturaleza, como el *Theatrum orbis Terrarum* de Ortelius, ha desarrollado ante mis asombradas pupilas. Viaje al extremo Oriente, no como los otros á través del espacio, sino á través del tiempo, pues cada milla recorrida era un escalón de oro por el que, remontando la escala de la Historia y el torrente de los siglos, me trans-

portaba á las edades prehumanas, á los paraísos no perdidos sino perpetuos, á la cuna de las razas y las cosas, á la fuente de todas las religiones y filosofías, á las regiones poeméticas de lo cristalizado, lo dormido, lo inmóvil, lo que parece sustraerse á la rotación del astro y del tiempo.

De allí vengo, señores, del remotísimo Oriente, del Asia ecuatorial, de la efervescente zona tórrida. Sin haber muerto vuelvo, como quien dice, del otro mundo y de la otra vida, pues otro mundo y otra vida son, en efecto, aquellos en que los tipos de la especie humana conservan sus primitivas fisonomías y trajes, y en que la arquitectura de la Naturaleza, las altas y sublimes obras de la creación genesiaca están, como cantan los ángeles del *Fausto*, hermosas como en su primer día: *Sind herlich wie an ersten Tag*. No diré ya que todo es allí espléndido como los cuentos del *Alf Laylah, Wa Laylah* (*Las Mil y una noches*). Sólo repetiré que el gran encanto de un viaje á Oriente no está en que allí nos tropecemos con la Aurora homérica abriendo con sus dedos de rosa las puertas al sol, que nace en todas partes, pues al fin nosotros somos el Oriente de América, que á su vez es el Oriente del Oriente, sino en que el Oriente es el pasado con sus prestigios y la Naturaleza con sus esplendores. Viajar hacia allí no es avanzar kilómetros, sino retroceder cronologías.

Justo parece que quien, como dice Ullises, ha visto de cerca las ciudades los hombres y las costumbres venga á contaros con intimidad de amigo el cuento sencillo de sus impresiones y á entreteneros un rato con un trozo, no de su Odisea, sino de su *Yodisea*, la Odisea de su yo, y como Heine os muestre un boceto de su Reisbilder, ó como Byron os recite una estrofa de su Childe Harold, sin pretender descifrar el inmenso jeroglífico del Oriente, tarea que exigiría años de estudios ajenos á mi actual empeño de poeta. No os alarméis: no vengo á enseñaros nada, ni á probaros nada, ni á aturdiros con estadísticas, geografías y cronologías interminables. Detesto los números desde que con ellos me prueban unos que nadamos en oro y otros que estamos al borde de la bancarrota y el Banco roto y el Estado roto, la cabeza rota y todas las roturas imaginables. Con la ayuda de mis recuerdos y sin la

impedimenta de pedantesca erudición, voy á abrir ante vosotros el álbum de mi memoria y á mostraros, no las fotografías de lo que he visto, sino las *psicografías*, es decir, las imágenes que con más relieve, color y vida se han grabado en los cristales del alma, en la cámara no obscura sino deslumbradora de la mente. Al designar mi conferencia, ó más bien velada familiar, con el nombre de *Panoramas orientales*, comprenderéis que sólo voy á trazar líneas generales, toques y rasgos á la acuarela, superficies, tipos, paisajes, sin contaros luengas mentiras por venir de luengas tierras, y en cuanto á los juicios que emita, diciéndoos con el agudísimo Montaigne: esta opinión no la doy como buena, sino como propia.

Si os tienta la idea de hacer ahora conmigo un viaje hablado, menos sentimental que el de Sterne, aunque mucho más largo, á la Indo-China (los dos nombres más grandes y antiguos de la geografía y la historia), si no os asusta recorrer con la imaginación (y para ese viaje sí que no necesitáis alforjas) 110 grados de la longitud terrestre, 2.200 leguas en línea recta, ó 6.960. millas en curvas, subidas y bajadas durante cuatro semanas, no en globo con Julio Verne, sino sobre el globo conmigo, entrad en mi trasatlántico, encomendaos á la romana diosa Abeona que preside la salida y Aldeona que protege la vuelta, y desde Barcelona emprendamos á toda vela, ó más bien á todo hélice, nuestra navegación á través del Mediterráneo, el Canal de Suez, el Mar Rojo, las costas de Arabia y Egipto, el Océano Índico, Aden, la isla de Ceylán, el estrecho de Malaca y el puerto de Singapore, término de nuestra voladora excursión. No temáis los peligros y molestias de la navegación. Desde que la mar se halla limpia de piratas, el mar es el camino más seguro, la nave, más que aquella de Espronceda, ya se sabe *dó va* y cuándo llega con cronométrica puntualidad; y además un vapor moderno es un palacio flotante, un restaurant que camina, una ciudad que nada: la creación magna, la más alta maravilla que ha producido el entendimiento, la mano y la voluntad del hombre. Con barcos tales, los océanos son estanques, las odiseas paseos y hasta la medicina ha encontrado la oceanopatía, pues los médicos, en viendo á un hombre pálido y ojeroso sin cau-

sa conocida, me le prognostican un viajecito de circunnavegación.

Crucemos á todo carbón y tiro forzado ese entrometido mar Mediterráneo, *Mare minimum*, mar de la discordia, mar de Tócame Roque ó casa de vecindad, ardiendo en riñas y chismes, erizado de cruceros para hacer de él lago francés ó pasadizo inglés; mar que ya Circe envenenó y hoy emponzoña y acibara la bilis diplomática, disputándose sus dos puertas, tan malas de guardar, claves y llaves de la cuestión de Oriente y de Marruecos, que nuestros biznietos resolverán á torpedazos y melinitazos.

Conferencia cómico-caricaturesca y aparte pudiera daros si os pintase las comedias que se ven á bordo de un trasatlántico español en su viaje á Filipinas: las funcionarias, juezas, capitanas, tenientas, ya gordas, desbordantes y desgreñadas, ya flacas, pálidas y polvi-arrozadas, que están pidiendo la pluma de Taboada ó el lápiz de Pons, y van á ser luego excelentísimas é ilustrísimas señoras en las Baratarias del Archipiélago, acompañadas de sus respectivos ciegos de aduanas, oidores sordos ó relatores mudos, dispuestos á traerse cada cual su pedacito decimal ó centimal de isla en el bolsillo en forma de cheque, ó en las garras en forma de tres solitarios lucientes como faroles en cada dedo. Yo os pintaría esos pasajeros que jamás toman un libro ni sueltan el cigarrillo ó la baraja, muchos de ellos ex-huéspedes de á seis reales, que á bordo todo lo hallan malo y lo comen todo con el cuchillo, instrumento que (como su hermana la navaja) en manos españolas tiene el enciclopédico privilegio de servir de tenedor y hasta de cuchara para engullir todo género de comestibles sólidos, líquidos y hasta gaseosos. Recuerdo cierto semipersonaje que comía con el cuchillo hasta las fresas. Confieso que al ver en un barco español la fiel imagen y condensación de esta España con su incultura y deficiencia educacional; al ver ciertos desperdicios que van á ser el abono social de nuestras colonias, propondría, á no ser mi voz de las que claman en desierto, la creación, como en otras naciones, de un cuerpo de colonistas que por oposición y examen, y por largos años, obtuviesen los puestos, no las gangas ultramarinas; hombres

doctos, honrados y... que, además, no se llevasen el cuchillo á la boca.

Cuando era yo muchacho, al estudiar el mapa-mundi, imaginaba ¡oh infantil geografía! que, como en la carta, el campo de Francia sería azul, el de Inglaterra verde y el de Italia amarillo. La experiencia de viajero disipó mis ilusiones de estudiante. Todo el mundo es igual; no hay más fronteras que las aduanas, ni más cambio de color que la casaca de los carabineros. Al llegar al Oriente, la infantil ilusión renace, pues allí, si no la tierra, cambia el color de los hombres y los trajes. El calor y el color: hé aquí los distintivos del Oriente. En sudando y viendo telas rojas, azules ó amarillas, Oriente tenemos.

Esa pintoresca sorpresa es la que se siente cuando, después de recorrer en cinco días las 1.630 millas mediterráneas, al despertar una mañana se encuentra uno la cubierta realmente cubierta de hombres de todas castas, tipos y vestiduras, gritando en todos los tonos y lenguas conocidas y desconocidas. El barco se convierte en antro donde, como el Dante, se oyen:

Diverse lingue, orribile favelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voce alte e fioche e suon di man con elle.

Y de dolor y de ira y fuertes y ásperas son en verdad aquellas voces y aquel son de manos y aun de palos con que pintorescos y membrudos árabes, desnudos y ágiles fellahs y negros abisinios y hombres de todas las razas y todos los colores de la piel y del vestido, é intérpretes y agentes de todos los hoteles, industrias y comercios, se disputan á fuerza de pulmones, puños y obstinación, ya el equipaje, ya la persona del atolondrado pasajero para llevársele, más mareado de aquel barullo que de las olas mediterráneas, bien al hotel, bien al opulento y tentador bazar, donde encontrará todos los objetos y baratijas de un orientalismo á veces marsellés ó triestino, ropas hechas, de verano si se va ó de invierno si se vuelve del Oriente, y que duran menos que las ilusiones; falsas antigüedades y modernidades, abanicos, telas, porcelanas, bordados, etc. Y á los más seducibles ó seductores se los llevan, ya á la fotografía instantánea, ya al teatrillo ó café can-

tante, ya al garito ú otros antros de perdición, pues Port Said, en donde estamos, es una especie de capital de la pillocracia oriental y occidental, donde los ratas primero y el segundo y el tercero y los Leporellos de alto y bajo copete tratan de seducir y *timar* á los Tenorios y Ulises que llegan de todos los ámbitos del mundo conocido y muchos del desconocido.

Port Sáid más que un puerto es una puerta á que llaman barcos de todos portes y banderas y que se abre mediante el sésamo de un cheque que firme el capitán, importe de diez francos por tonelada y diez por pasajero. Todo el interés durante la breve estancia en aquella antesala del Oriente está en el estudio comparativo de los trajes y tipos que de repente surgen como soñados ó evocados del mundo de los cuentos orientales con que en nuestra niñez nos llenaron la cabeza de imágenes y asombros.

El vivo sol, que allí parece empezar también como los hombres á desnudarse de su traje occidental de nubes y nieblas; el cielo azul; los colores vivos del prisma ó de la paleta trasladados á los ropajes amplios, flotantes, ó plegados escultóricamente; los cuerpos desnudos de los hombres; las caras tapadas de las mujeres, insexuales como fantasmas; las fisonomías expresivas, calientes y movibles; las voces guturales emitiendo todas las jotas, haches, eles y aes, predominantes en el pentágrama parlante de la lengua arábiga, todo esto presta á aquel cuadro vivo una originalidad y movimiento indescriptible.

Poco tiempo tiene el pasajero de gozar las delicias de aquella Capua interoceánica. En cuanto llega el barco, hambriento de combustible, pide su ración, y grandes barcas cargadas con el negro tesoro de la hulla, nervio del mundo moderno, atracan á sus costados, llevando en lo alto de un palo una gran hoguera del mismo carbón encendido; antorcha gigantesca cuya rojiza y movible luz da un tinte infernal á la nocturna tarea de los fellahs, diablos desnudos, relucientes y sudosos que con agilidad de monos, fuerza y sumisión de bestias y gritos de dementes, entonando una especie de canto llano y frenético ó discordantes y desaforados gritos en que se mezclan, ya improvisados y epigramáticos dicharachos

contra los perros cristianos, ya versículos del Korán, emprenden la operación de la carga con tan incansable agilidad, mediante el dinero ó el azote (los dos grandes motores), que en pocas horas el barco ha engullido por las tragaderas tubulares de los sumideros de sus carboneras, 400 ó 500 toneladas de ese ígneo alimento que ha de dar á sus hélices los poderosos arranques para emprender su carrera á través del Rojo é Índico mar.

Port Said no tiene más que un monumento, pero ése es el más grande del presente siglo; monumento, no de eterno granito, sino de movible agua; guión que al unir dos mares y dos mundos, suprime el enorme estorbo del más inútil, estéril y antipático de los continentes. Excusado es hablar aquí de la importancia del Canal de Suez, áurea vía que ha quitado sus tardanzas y los terrores y tormentas del gigante Adamastor á la navegación moderna, y que enlazada á las férreas y acuáticas de trenes y vapores, ha puesto la remotísima India á tres semanas de Inglaterra, la escéptica Inglaterra que negó la utilidad de ese canal, hoy objeto de su envidia, su codicia y su política y que, mediante sus millones de libras, cae bajo la jurisdicción importante, ya que no decisiva, del voto de sus accionistas. Triste cosa que la vara del Moisés-ingeniero, que en vez de separar unió las aguas de dos mares, se haya quebrado sobre el granito de Panamá y que la inmensa draga de la publicidad haya sólo extraído la piedra de tantos escándalos y el lodo de tantas conciencias.

Tiene el canal 87 millas de largo, que hoy con el auxilio de los focos eléctricos, que permiten la navegación nocturna, las recorre el buque en diez y seis á diez y ocho horas, pasando como un tren lento y silencioso sobre el líquido carril del agua entre las diversas estaciones, boyas y señales kilométricas de ambas orillas (separadas próximamente por una anchura de 25 varas sobre unas diez de profundidad). Atraviésanse primero las llanuras estériles, arenosas, región de las monotonías perpetuas, y los pantanos del lago Menzaleh y luego el lago Abu Baillah, el Timsah, el Guisr, el Serapeum y los lagos Amargos.

Nada rompe la monotonía de aquella cinta verde y aquel

cielo sin nubes y aquel horizonte egipcio en que una pirámide distante toma las proporciones de un monte.

Sólo son episodios y accidentes de la cansada y perezosa travesía, ya las gigantescas dragas que limpian los cenagosos fondos, ya las blancas gaviotas, cuyas pechugas aparecen verde esmeralda con el reflejo del agua, ya algunos grupos de desnudos fellahs ó árabes de bíblico aspecto, cuyas siluetas coloreadas se agigantan sobre el fondo del vasto y rectilíneo horizonte.

Suez, que da su nombre al canal que allí termina, es un pueblo pequeño, insignificante, paso de los peregrinos que van á la Meca, como antiguamente pasaron por él, con fines comerciales ó de conquista, egipcios, fenicios, griegos, romanos, árabes, turcos, venecianos, portugueses é italianos. Quizás es la Cleopátrida de los Ptolomeos. Dicen algunos que por Suez y no por el lago Timsah pasaron los israelitas en su éxodo á la tierra prometida. Vaya usted á averiguarlo y á encontrar la prueba y la huella en las arenas, cuyo mentir es más seguro que el de las estrellas. El monte Sinaí, el Jabel Musa donde, según el Exodo, sonó la voz de Jehovah, y que en tiempo claro se descubre en lontananza; el Jebel Rahah y el Badiet-el-Teh prestan el único atractivo panorámico y un como perfume bíblico á ese puerto, especie de factoría, almacén y casi escritorio comercial.

Pasando el faro Ashraf lánzase la nave audaz á ese temible y temido Mar Rojo el Mare Rubrum, el Bahr Malch de los árabes, que hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb tiene 2.300 kilómetros de largo y 200 á 250 de ancho; mar cuyo solo nombre hace sudar la gota gorda, pues es el sitio más caliente del globo; abismo líquido de que huyen hasta los mismos ríos, pues ninguno le presta la frescura de sus aguas, del que se alejan con espanto hasta las mismas aves marinas; aguas á 100 grados Fahrenheit, que á no ser renovadas por las transfusión de las del Índico se evaporarían á razón de 23 pies anuales, dejando pronto un lecho de sal sobre un cauce de calcinada arena. Azul como todos los mares, á pesar de su rojizo nombre, debido acaso á refracciones del coral que abunda en sus orillas, colocado entre dos infiernos geográficos; puesto como

una cafetera entre los desiertos de Arabia y del Egipto; azotado por el soplo diabólico del Simun del Sahara, del terrible Khamsin y del Sirocco, que llevan en sus alas las agonías de la asfixia y de la fiebre, ese bíblico mar es el espanto de los pasajeros que encomendándose á todos los dioses y dándose á todos los diablos se lanzan á cruzar sus olas entre islas-fraguas, como la de Djebel-Tor, y bancos de perlas y escollos conocidos sólo al práctico árabe, zahorí, adivinador de sus misterios y sus peligros á quien entregan la derrota los más expertos capitanes. Y bien necesitan éstos y los pobres viajeros armarse de aquel *robur et œx triplex*, de que nos habla Horacio, para atreverse en los meses estivales á cruzar sus ondas, cuando el desierto vomita, arrastradas por el huracán, sus arenas tórridas que cubren la nave y los navegantes caen postrados, sin aliento, respirando un aire sin oxígeno, bebiendo un agua que no refresca, semiapopléticos, á pesar de los toldos, y los paños y hasta hielo que les suelen aplicar al cráneo, medio desnudos, casi sin pudor y hasta sin mareo; cuando los fogoneros caen asfixiados con el doble fuego del cielo y de la caldera y el barco es un infierno flotante, la barca de Caronte trasportando almas más que cuerpos hacia una laguna Estigia. Allí hasta la dama más ideal ó la jamona más en dulce y tentadora que nos ha fascinado con sus redondeces plásticas, se despoja de todos sus rellenos y postizos, ofreciendo la desencantadora metamorfosis de su anatómica realidad. ¡Oh nivelador termómetro, que con el mismo *fiat* con que vistes á los árboles desnudas á las humanas criaturas!

Desde Suez al monte Baran se extienden á un lado las costas de Egipto, secas, abrasadas, esqueletosas como una momia, y al otro lado la Arabia, *Jezirab-al Arab*, las costas del *Hedjad*, la llanura de *Tahama*, los desiertos de la Tebaida, cuyo solo nombre presta al pensamiento la austeridad de los anacoretas; playas inmensas, solitarias, quizás nunca holladas por planta humana, entregadas al amargo beso ó, más bien, mordisco de las olas, y detrás de ellas se levanta una muralla de montañas volcánicas, puntiagudas como lanzas, aguzadas como una dentadura planetaria; especie de escudo de granito allí colocado por los genios del desierto para esconder ó de-

fender el Yemen, esa Arabia Feliz, feliz sólo en el nombre, y la Arabia Pétrea. Y en esas soledades se alzan Zemp y la Ciudad Santa de Medina y Jedda, el puerto que conduce á la Meca, polo del Imán, y como tal, *imantado*, y atractivo de todas las conciencias musulmanas; foco del cólera morbo y de la cólera morbosa que se llama fanatismo. ¿Qué importan aquí ahora los detalles geográficos? Todo el interés allí está en que la mente, más que la pupila, ve de un lado, tras la playa desierta de Egipto, las sombras faraónicas, el fantasma de aquel pueblo antiquísimo, cuyo origen, como el de su sagrado Nilo, se pierde en las inmensidades del tiempo; cuyas dinastías duermen bajo el peso abrumador de las pirámides y los siglos, y cuyos dioses y esfinges sentadas parecen estar esperando la consumación de las eternidades. Entre aquellas petrificaciones y rigideces de momia surge la visión luminosa de la fascinadora Cleopatra y la docta Hipatia, víctimas una de su hermosura y otra de su sabiduría.

Al otro lado, y tras las montañas arábigas, la imaginación ve alzarse el espectro del visionario Mohammed, quien, con un libro soñado en la siniestra mano y la cimitarra en la diestra, enloquece á medio mundo y le lanza contra el otro, arrastrando el torrente islamita con tal ímpetu que en ochenta años la Mesopotamia, Persia, Palestina, Egipto, África, España, caen bajo el yugo musulmán, y aquellos semisalvajes, fanatizados, ebrios, epilépticos, se lanzan á conquistar los paraísos de la tierra en nombre de Dios clemente, misericordioso, *Bismillahi' rrahmani' rrahim*. Vencido al fin aquel pueblo invasor, volvióse á esconder tras esas montañas que bordan el Mar Rojo para allí dormir sin gloria, con el libro de su historia ya cerrado para siempre, y entregarse á la dicha íntima é inactiva del *Kehfh*, á la inercia fatalista del *Kismet*.

Á los seis días de ese marítimo éxodo, menos largo que el de los israelitas y con mejor *menu* por *maná*, se pasa el estrecho de Bab-el Mandeb, ó sea Puerta de las Lágrimas, por supuesto sin verterlas, antes bien con sonrisas al dejar *dietro a se mar si crudele* y lanzarse á *correr miglior acqua* en el Índico Océano. .

Dejando á un lado en lontananza á Moka, célebre por el

café que da su prestigioso nombre á tantas achicorias, llégase al cabo de cinco días á Aden, el Gibraltar árabe, ó más bien indio, pues aunque colocado en Arabia, es el centinela que guarda el inmenso tesoro colonial de la India, el centinela avanzado que, así como Gibraltar guarda el Mediterráneo, guarda la inmensa extensión del Océano Indico y esa valiosa joya, ese tesoro colonial que se llama la India. Para la seguridad de sus vastas colonias, para mantener eso que en términos político diplomaticos se llama *Pax Britannica*, los previsores y prácticos ingleses han emprendido lo que, sin permiso de la Academia, me atrevo á llamar la *gibraltarización* de cuantas islas ó peñones surgen en cualquiera de las cinco líneas, ó *highways* coloniales y comerciales de sus posesiones. Gibraltar, Malta, Creta, Chipre, Perrín, Adén, Ceylán, Hong Kong, hé aquí los eslabones de esa cadena con que ciñen la redondez oceánica del mundo, convirtiendo las rocas en castillos, plantando sobre ellas el pabellón británico, para que los señores del mar puedan cantar con orgullo:

Rule Britania rule the waves
Britons never will be slaves.

No discuto aquí el derecho natural ó artificial, político ó internacional de tales conquistas, compras ó anexiones, aunque, bien mirado (y dicho sea aquí que nadie nos oye), nosotros, que tenemos en Melilla un Gibraltar español y que pedimos zonas neutrales hasta que nos den permiso de engullirnos todo el Mogreb; nosotros, que negamos agua al inglés, y tocamos, no sólo á llamada y tropa, sino á llamada y patria si nos roba un vaso de agua el salvaje riffeño; nosotros, que clavamos el diente voraz sobre el queso del globo, y... ¡qué bocados! Méjico, Perú y otros, aunque, como al cuervo de la fábula, se nos cayó del pico; y con nosotros la Francia, que acaba de comerse dos ó tres Alsacias y Lorenas en Siam, nos enfadamos contra las perfidias y codicias de Albión, mientras acusamos á nuestros Gobiernos, ¿de qué? de no saber *gibraltarizar* la poca ración colonial que aún nos queda entre las uñas. Pero, en fin, *right or wrong*: Inglaterra está *gibraltari-*

zada: ¿quién la *desgibraltarizará?* El *desgibraltarizador* que la *desgibraltarizare* buen *desgibraltarizador* será.

A 12 grados de latitud y 90 millas del Mar Rojo hállase Aden, clavado como un buitre sobre una colina volcánica, árida, azotada por un calor purgatorial, que hace aquello lugar de expiación para la guarnición inglesa, renovada anualmente, y para los escasos comerciantes y agentes que forman la colonia europea. Dicen que en Aden estuvo el edén de que habla Ezequiel; pero hay que convenir en que el tal edén se convirtió en sartén. Al llegar allí, el calor sube de punto y el color baja de puntos, pues el traje va reduciéndose á la mínima expresión del pudor impuesto por la moral europea. El vapor se ve rodeado de barquillas, que más parecen barquillos por lo estrechas y ligeras, desde las que desnudos muchachos, esbeltos como estatuas de chocolate, os aturden con su *¡ohé, ohé, á la mer, á la mer!* Y en la mar se zambullen cómo peces á recoger la plata que les arrojan los ingleses ó el cobre de los españoles. Nueva feria á bordo de mercaderes y judíos ofreciendo sus preciosidades ó intentando sus timos con expresiva gesticulación y grotesco poliglotismo. Los banamas, los airosos klings del Indostan y los cobrizos somales con sus caras vivas y picarescas, sus gruesos labios y blanquísimos dientes, sin más vestido que la faldeta del *sarong* divierten al viajero con prestidigitaciones y mímicas de juglares, con danzas semisalvajes y que huelen á desierto. Á uno de ellos, mahometano, que con su sombrero de paja pide el premio de sus habilidades, le dan los *chistosos* viajeros, entre ellos un fraile dominicano, en vez de moneda un pedazo de tocino, sabiendo la prohibición koránica de tan impura materia. El infeliz, al darse cuenta del engaño, arroja al agua el tocino y el contaminado sombrero y huye con horror, y entre rechiflas y apóstrofes poco cristianos, de esos burlones españoles, tan susceptibles é intransigentes luego en las cosas de su propia fe. ¿Qué diría aquel buen dominicano si sobre barca ó tierra árabe aquel inofensivo musulmán le hubiera obligado á comulgar con ruedas de tocino?

En el golfo de Aden, cerca del cabo Guardafui, descúbrense las inmensas montañas, las amuralladas rocas, guardadoras

de esmeraldas, de la isla de Socotora, de 80 millas de largo, 30 de ancho y 1.000 cuadradas, casi desierta y dependiente del sultán Keshim, tributario de Inglaterra por tratado de 1875. Es la antigua Dioscórida, en que fundó Alejandro una colonia para el cultivo del áloe, que es el mejor del mundo. Los portugueses la dominaron en el siglo XVI; los árabes y los ingleses se establecieron en 1834, pero pronto abandonaron aquellos montes terroríficos, más propios para guarida de fieras, aves de rapiña ó genios de leyenda, dejando su dominio y explotación á los 4 ó 5.000 semisalvajes que en las ciudades de Galausie y Tamarid comercian con áloe, drago, dátiles, añil y algún tabaco que su suelo produce.

Lancémonos á ese Océano Índico, azul, dormido entre esas vastísimas costas que llevan nombres de los imperios más antiguos y poéticos de la historia, sobre cuyas ondas ha cumplido la navegación sus más asombrosas epopeyas y bajo las que se esconden los mayores Potosís submarinos y luchan los más terribles monstruos del mundo oceánico.

Nada ofrece al pasajero la larga y solitaria travesía. Sólo por las tardes, cuando el crepúsculo engalana el éter para despedir al día, tienen lugar las maravillosas puestas del sol, que yo llamaría fiestas de sol Las nubes parecen un flotante prisma de cristal derretido, en que la luz proyecta indecibles matices, hijos de los besos, enlaces y arpejios de las siete notas del iris. Cada nube, con los contornos caprichosos de las geometrías del aire, parece ígneo fragmento de un planeta desorbitado, y toma los cambiantes y reflejos de una inmensa bengala, de un diamante sideral. Islas fosfóricas, ríos de carmín, bosques, llanuras, paisajes, fortalezas de gigantes, formas humanas, monstruos apocalípticos, filigranas exquisitas, gasas verdes, amarillas, negras, violeta, con franjas de oro, arabescos, mosaicos; un sueño de color, sinfonía, derroche de líneas y reflejos, todo aparece en el ondulante telón del infinito espacio. En él la imaginación extática cree sorprender una fiesta vespertina de los dioses indios que aún imperan en ese mar.

Diríase que el magno dios Indra, padre del Sol, monarca del firmamento, vencedor de Vritra, el demonio apagador del

día, da una fiesta etéreo-marina en el *Swarga*, su paraíso, y que Kamarupa, la diosa de las nubes, despliega todo el lujo de su nefeloide arquitectura para recibir y embriagar de visiones á *Varuna*, el Neptuno de la índica mitología.

Mas ¡ay! pronto aquella visión de gases, engañadores como las crepusculares visiones de la mente, se disipa; la noche tiende su velo, ó más bien le levanta para mostrar el más sublime espectáculo que contempla la pupila humana: el océano de los astros, la nocturna visión de la vida total del universo, tan infinito, tan solemne, tan callado, la eternidad condensada en estrellas.

Y entre esas fantasías y subjetividades de pintor-poeta, y entre las prosas del comedor y las estrecheces del camarote, crúzase pronto la punta más meridional del Indostán, el cabo Comorín, donde levanta su trono *Parvati*, la reina de las montañas, para desde allí lanzarse con rumbo directo y sin episodios á la inmensa soledad oceánica.

La llegada á Colombo, capital de la isla de Ceylán, produce una de las más gratas impresiones en todo viajero que tenga su migaja de erudición oriental, y si además la loca de la casa se asoma á la ventana y toma parte en la función, es decir, entra en funciones y saca á relucir sus cristales de aumento y de colores que todo lo embellecen. ¡Qué ilusión llegar á Ceylán, la antigua Taprobana de griegos y romanos, el *Serendit* de *Las Mil y una noches*, la joya colonial de la Gran Bretaña, isla que por su forma la comparan á una perla, y como la perla es rica, preciosa! Tiene por facciones geológicas las más altas montañas de que es rasgo culminante el pico de Adán. Su suelo fertilísimo es una alfombra de esmeráldicos verdores, un canastillo donde la naturaleza creadora, ó más bien bordadora, ha vertido todas las flores más olientes y vistosas y perennes; un vivero donde las savias más frescas y puras alimentan las ramas de los árboles más ricos en follajes y frutos, los troncos de más valiosas maderas. En medio de esos bosques, mares de verdura, clava sus milenarias raíces y ostenta su sagrada copa el decano, el patriarca, el rey de todos los árboles mundanos, el famosísimo árbol de Anarajápora, el *Ficus religiosa*, plantado doscientos ochenta y ocho

antes de Jesucristo, con dos mil ciento ochenta y dos de edad é historia auténtica, indiscutible, árbol celeste y venerado, á cuyo pié nacieron como dos sueños apocalípticos el budismo y el bramanismo, que hoy le rinden fervoroso culto. Ceylán, adornada como una novia, con la guirnalda de la exuberante fllora ecuatorial; con una fauna de todas las especies zoológicas, desde el teogónico elefante hasta el diminuto colibrí; con 320 especies de aves que surcan su cielo, y los más ricos metales y piedras preciosas como tesoros de un dios avaro escondidas bajo las rocas, y las más sabrosas especierías (presididas por la picante canela) para regalo de la mesa, y las más milagrosas hierbas medicinales para alivio del dolor humano. Isla predestinada, cuna de la civilización; tierra donde, á creer á los *Puranas,* Rama, es decir, Visnú, en su séptima encarnación, sembró la fe, la Buena Nueva del mundo asiático; arca que guarda el *Dalada* ó supuesto diente de Buda; jardín de Armida, Hespérides, Fortunata, Atlántida no perdída. Alejandro ya la subyugó, y más allá de ella y en ella fijaron sus plantas, y lo que es peor, sus garras, aquellos Luisiadas.

Em perigos e guerras esforçados
mais do que promettia a força humana.

Allí estableció Almeida la primer colonia europea, y allí el grande, el épico Alburquerque, fundó Colombo; luego aquellos portugueses se hicieron odiosos por su tiranía y su codicia, que rompió el saco, y vinieron como libertadores los holandeses, que á su vez son opresores y son arrojados por los ingleses, quienes tras vicisitudes coloniales, ajenas á mi propósito, concluyeron por hacerla la rica, próspera y envidiable colonia, hoy separada de la administración india y sabiamente regida por un gobernador, asistido por un Consejo legislativo y otro ejecutivo. Allí, al amparo de las leyes inglesas y la tutela de su colonia inglesa, viven hoy los singaleses venidos del Ganges como cinco siglos antes de Jesucristo; los afeminados, dóciles, delicados singaleses, que os reciben con su dulce sonrisa, sus vivos y simpáticos ojos, que resaltan sobre su piel oscura; sus cabelleras luengas y lucientes como aza-

bache capilarizado y recogidas con elegancia en un rodetillo y con una peineta de concha amarilla en forma de media luna, casi una corona, sobre el cráneo; con sus ligeras chaquetillas y su *sarong* vistoso que apenas cubre su desnudez praxiteliana, y sus dedos, brazos, orejas y aun piernas adornados de sortijas, pendientes y brazaletes. Y á su lado viene el más viril y arrogante kandiano, especie de escocés de aquellas montañas ó *highlands*, y hasta no falta algún ejemplar de esos *weddahs* que viven en el fondo de los inexplorados é inexplotados bosques en el mismo primitivo estado de hace dos mil años. Todos ellos, sobre un mar tranquilo y risueño como sus rostros, vienen en sus barquillas graciosas de cien formas extrañas á saludaros. Ceded al canto de las sirenas, ó más bien sirenos; aprovechad las breves horas de escala, seguid al pictórico barquero, que os ofrece su danzadora navecilla, pues siempre es tentadora una bajada al paraíso, que allí estuvo, según dicen buenas lenguas, no siempre han de ser malas. Sí: no os canséis estudiando la cuestión; yo la he resuelto. El paraíso no estuvo; está allí todavía, no perdido, sino *regained* reconquistado. Allí está fresco, intacto; allí están los Adanes de piel oscura, pero de rara belleza, y las Evas indias. Allí, en el interior, ha encontrado el suyo Arabi-Bey, el vencido de Tel el-Kebir. Sí: allí está el Edén perpetuo, auténtico, *à la portée de tout le monde*, con sus flores de todos los perfumes y sus frutos de todas las formas, mieles y azúcares, y el éter azul, rebosando luz (oro atmosférico diluído que compra la alegría), y las aves (flores con alas, que diría Calderón), con sus gorjeos, compitiendo con sus plumajes, y las serpientes, que ya no tientan, pero pican. Aquello es la Naturaleza desbordando el cuerno de Amaltea; es el escaparate del lujo planetario. Allí todo Adán, aunque esté hecho un Adán, tiene su billete, su lote en el gran espectáculo de la vida; es propietario, si no por la posesión, por el disfrute visual; es poseedor de hecho de un salomónico *hortus conclusus* (huerto cerrado) y una *fons signatus* (fuente sellada). Por eso parece reinar allí la alegría y la felicidad. Sí, la felicidad flota en la atmósfera, borda la sonrisa en los rostros, y en busca de esa fugaz visión de la humana dicha desciende el pasajero, atraído

por los hijos de aquellos héroes, cantados en las 24.000 *slokas* del Ramayana y las Sacuntalas, que hoy no tienen *Kalidasa* que celebre sus bellezas. Apenas se pone el pie en tierra, graciosos muchachos y mozuelas ofrecen flores, desenfrenadas de color y esencias. Un singali políglota brinda en correcto inglés un cochecillo abierto y entoldado para recorrer la alegre ciudad, las ostentosas tiendas y los encantados bosques. El caballo corre á toda sangre y cruza las anchas calles de casas azules, ofreciendo á la vista el animado cuadro de sus interiores, que allí son exteriores. Las tiendas despliegan todas las opulencias y primores de la mano oriental. Telas, joyas, armas, ropajes vistosos, mujeres estatuarias, todo pasa ante los ojos como una aparición encantada. Se encuentra uno con ese elemento olvidado: el color; con esa escultura aquí ignorada: la forma humana. Y todos andan libres, esbeltos, sin la doble inquisición del calzado y el empedrado; resbalando, con la suavidad del reptil, sobre la satinada alfombra del césped por las sombreadas alamedas, á cuyos bordes las casas ó villas de los ricos europeos se alzan con teatral y escénica elegancia. Y si el paseo es matutino, sobre la triple faja horizontal de un cielo de zafiro, un mar de esmeralda y una playa de oro, se destacan como enormes flores ambulantes las amplias sombrillas rojas, blancas ó amarillas, las cabezas rubias y los talles elegantes de las inglesas Ofelias shakespearianas, y los trajes vistosos, como cromos, de las niñeras indias ó malayas, que vigilan los juegos de aquellos niños *non angli sed angeli*, y que como tales allí crecen ignorantes del purgatorio, de los fogs y brumas osiánicas que les aguardan bajo el techo, que no cielo, de la madre patria.

Una de esas inolvidables mañanas de poema era cuando yo volvía del magnífico bosque de la canela. Siguiendo mi raudo cochecillo, salieron de no sé dónde y le fueron siguiendo con inverosímil rapidez y resistencia de pulmón y piernas tres graciecillas, que por su edad aún no eran las Tres Gracias: tres encantadoras y desnudas niñas singalesas, una de unos diez años, sin más vestidura que un ligero *sarong*, otra de unos siete años, completamente desnuda y llevando colgada y como incrustada en la cadera otra también desnuda de tres

ó cuatro años. Con su piel del color y el brillo del bronce, parecían tres figurillas de hábil artista, escapadas de elegante gabinete y allí volando, raudas como gacelas, ondulantes como mariposas, incansables *cuali colombe dal disio chiamate*. Con sus ojos fascinadores de inocente picardía, mostrando sus blanquísimos dientes asomados á sus sonrisas, con sus cabellos sueltos y posturas artísticas por lo naturales y no estudiadas, seguían mi coche, pidiendo, no con los andrajos ni con la voz cansada, quejumbrosa y falsa de nuestros mendigos, sino con ademanes hechiceros y suplicantes. Yo no recuerdo nada más lindo que aquel grupo. Con su pedigüeña zalamería, sus sonrisas y monadas me arrancaron, como á mis compañeros de viaje, una generosa limosna pagana, pues la seducción, no la caridad, llevó las manos á los bolsillos. Y al dejar aquellos bosques, aquella Arcadia feliz que está pidiendo faunos, driadas, zagalas, pastores, zampoñas, caramillos y todo el aparato de las églogas virgilianas, al volver á las estrecheces de mi barco, hallé la consabida feria de juglares y *charmeurs* de serpientes y mercaderes, entre los que por su tentadora persistencia se distinguen los vendedores de piedras preciosas. Uno de ellos, malabar, de blanca y luenga barba, con su nigromántico birrete cónico-truncado, con ojos penetrantes, astutos y codiciosos, se me acerca y, en un inglés bastante correcto, me ofrece un puñado de zafiros, esmeraldas y brillantes: un tesoro, los mejores de la isla, dignos de la corona de Victoria Queen of England and Empress of India. ¡Y todo por la suma de 20 duros! Á pesar de la ganga de las gangas: «Vete (getaway), le digo. No necesito tus joyas.» Me persigue con sus ofertas, le empujo y se lanza á engañar á compradores más cándidos. Vuelve á la carga: «¡Fifteen dollars! (15 duros). —Vete.—Diez dollars.—Lárgate, no las quiero. (*Idont want them.*)—Ocho duros.—Ni por esas.—Cinco dollars, pero no lo digas; que no se enteren—me dice al oído.—Déjame en paz.—Dos duros, Sir; es de balde; sólo la necesidad me obliga. Two dollars, two dollars.—Vaya, toma por pesado.» Y cae en mi mano el tesoro de Aladino y en la suya los codiciados dos duros.

Antes de irse le digo: «Me querías engañar; si valen veinte, ¿cómo me las vendes en dos?» Y él me dió esta ingeniosa y

acaso profunda respuesta: «Yo quería que tú comprases como rico y tú has querido que yo venda como pobre. Mi hambre es más barata que mis joyas». (*My hunger is cheaper than my jewels.*)

Suena el silbato del vapor: al camarote; es preciso marchar. Adiós, pensé, hermosos singaleses, raza escogida que tienes el doble privilegio de la hermosura y la desnudez. Dichosos los pueblos desnudos y que viven *d'après nature*. Al fin el hombre nació *nudo in nuda humo*, desnudo en la desnuda tierra. La desnudez es el arte. Fidias en Islandia sería imposible. El desnudo indio es, á más de bello, púdico; la piel oscura es un *maillot*. Nuestra piel blanca denuncia las impurezas de la sangre en las constelaciones humorales. Si París, Londres ó Madrid se echasen un día desnudos á la calle, ¡qué horrores, qué obesidades y deformidades! ¡Qué anatomías dignas de Caran d'Ache! Ceylán es una academia libre; el modelo está en cada esquina. Por supuesto, al ver yo los distintos tipos y colores resultantes de la mezcla de sangres y razas, con permiso de Moisés, Darwin y Blumenbach, no admito más que cuatro verdaderas razas, de cuatro colores fundamentales: negro, blanco, amarillo y rojo. Según mi Génesis humorista, *in principium* debió haber cuatro Adanes y cuatro Evas de esos cuatro colores, viviendo no sé dónde ni me importa saberlo. Al Adán negro debieron gustarle los azules ojos de la Eva blanca; al marido de ésta, los ojazos de la Eva negra; al Adán rojo, las estéticas ictericias de la Venus amarilla, y de aquellos coqueteos han debido nacer todos esos tipos de los morenitos más ó menos salados, de las razas bronceadas, achocolatadas, *caféconlechadas* y otras que pueblan el mundo, y en su *struggle*, no *for life*, sino *for love*, han dado el ser á todas las mezcolanzas de la paleta antropológica, de que la feliz, la risueña, la tranquila, la simpática y pintoresca Colombo es un inolvidable muestrario.

A los cuatro días de salir de Colombo la mar se sosiega y queda, sin figura retórica, tersa como un espejo. Es que hemos entrado en el estrecho de Malaca, entre la gran isla de Sumatra y la península que le da su nombre, y que desde el estrecho de Kreh, término de la Birmania inglesa, hasta el

cabo Romani, tiene 36.000 leguas y medio millón de habitantes. La mitad de sus estados son tributarios del Rey de Siam, y la otra mitad son las colonias de Penang, Wellestein, Perak, Malaca y Singapore, conocidas con el nombre de Establecimiento de los Estrechos (Strait Settlements), que hasta 1867 pertenecieron á la India y hoy, como Ceylán, se administran por el sistema indio, por un Gobernador que reside en Singapore.

Singapore (en malayo Singapura) significa ciudad de los leones, aunque nunca los hubo; pero en cambio era el paraíso de los tigres, que sin duda por haber comido el hombre prohibido han sido expulsados por el hombre mismo, que es el peor de los tigres. De vez en cuando, cruzando el brazo de mar que separa la isla de Singapore de la península de Malaca, vienen á engullirse algún sabroso indo-chino en recuerdo de su anterior paraíso.

El clima, que por la latitud de un grado á que se halla la isla, bajo el látigo solar del Ecuador, debía ser más que tórrido, está refrescado por la humedad de sus lluvias continuas y torrenciales y por los gigantescos bosques que cubren toda su superficie, y son toldo de esmeralda contra los rayos solares. Mas el europeo debe evitar á toda costa el sol, pues la congestión de Damocles está suspendida sobre su cráneo, y cinco minutos sin sombrilla bastan para que se rompa el cabello y le mate la fulminante apoplejía. Sólo los sesos pasados por agua y por fuego, cocidos y casi fritos de indios, chinos y malayos soportan sin sombra ni sombrilla ni sombrero aquella temperatura pirométrica. El calor y la humedad, los dos factores, el multiplicando y el multiplicador de aquella desenfrenada vegetación, son minuendo y sustraendo de la salud y la fuerza del inaclimatado europeo.

Dicho se está que, hallándose bajo la cintura del Ecuador, allí no hay más que una estación isoteral, un verano perpetuo, modificado sólo por las lluvias y por las dos monzones que reinan y gobiernan su cielo, siempre cargado de vapores y sin las azules limpideces de los clásicos, ó mejor dicho, románticos cielos orientales.

En todo tiempo á las seis sale el sol sin crepúsculo, y sin

él se pone á las seis de la tarde, cayendo como de golpe la espesa cortina de la noche.

Al llegar, generalmente al amanecer, á Singapore, cuya entrada es una *féerie* ó tierra de hadas, dan intenciones de cantar como el Vasco de *La Africana: Terra divina tu m'apartiene*. No lo hace uno por falta de voz y de orquesta; pero en silencio, con el lirismo de la mente, canta uno el himno de adoración á la madre Naturaleza que borda de primores, como un tapiz de los dioses, aquel canal de ingreso, sembrado de islas verdes, de un verde único y deslumbrador, esmeraldas engarzadas en un mar tranquilo, zafíreo, soñoliento, sobre el que, entre los enormes vapores de todas las Compañías marítimas del mundo, se deslizan los *sampans* chinos con sus ojos pintados delante para que vean, según dicen los chinos, y los pesados *tong-kans* indios y los *campongs* pescadores y otras caprichosas y ligeras embarcaciones, cuya marinería ostenta las desnudeces y vestiduras más académicas que la pintura y la escultura pueden apetecer.

Dije antes que al ir á Oriente se viaja hacia atrás y se remonta la corriente del tiempo y la historia; y, en efecto, al llegar á Singapore se pregunta uno si ha arribado á las épocas bíblicas y se halla al pie de la torre de Babel, al oir en torno suyo todas las lenguas y ver todas las razas humanas. Al tocar á los vastos muelles un olor especial, chino, *sui generis*, se mete por las narices. Es el del sudor de la legión de *culis* desnudos que van y vienen como hormigas, silenciosos, tiznados del carbón que trasportan á los inmensos vientres de los *Leviatanes* que siguen hasta el extremo Oriente. Otros chinos, indios y mercaderes atestan el muelle de todas sus baratijas orientales y occidentales, y es de ver los ajustes y regateos de aquella feria internacional, en la que los españoles se distinguen, como siempre, por sus gritos, interjecciones y afán de hallar gangas y de engañar á los chinos como chinos, si bien suelen ser ellos los engañados.

Por supuesto, los chinos venden más barato á los españoles que van á Filipinas y más caro á los que de allí vuelven, sabiendo que éstos vienen de *administrar* nuestro archipiélago hechos unos caballeros, con más dinero en el bolsillo y más

vanidades en la fantasía. Y es gracioso oir el español *achinado* de esos chinos, en cuya lengua, atrofiada por el gangoso campanilleo de la suya, no caben muchos sonidos silábicos nuestros. Así como el árabe no puede pronunciar la *p*, al chino no le entra la *erre*, y para decir quieres comprar un sombrero blanco, dice *quieles compalal un sompelelo palanco*; para decir Jesucristo, dice *Ke-su-ki-li ki to.*

Ansioso de salir de la prisión flotante, lánzase uno al muelle; entre empellones y ofertas toma el ligero palanquín, guiado por gracioso cochero indio y tirado, con gran rapidez, por un caballito pequeño, pero nervudo, de cuello vigoroso, de cabeza correcta y fogosa, que le trasporta á la ciudad á depositarle en algún hotel falansteriano, ó, si va de tránsito, á recorrerla. En gracia de la brevedad borro aquí, como con un tachón, todo el plano del Singapore europeo, con sus edificios, hospitales, museos, tiendas, iglesias y cuanto constituye el elemento exótico de la civilización. El verdadero interés está cuando, saliendo del recinto urbano, se lanza uno al mar de la verdura y se entrega al encanto de aquella forestal virginidad de la naturaleza que por todas partes nos rodea; al perderse uno en aquellas alamedas de tierra encarnada, como una alfombra tendida por la cuidadosa mano municipal inglesa sobre el verde terciopelo de la yerba; caminos, cuidados como un salón, sobre los que cruzan, ya la carreta india pintoresca, tirada por gordos bueyes uncidos por la joroba, con la cabeza libre y la mirada dulce, y los largos cuernos ornados de metálicos remates y un Apolo indio de pie sobre la lanza, ya el *jin rikisha*, cochecillo de dos ruedas, tirado por el trotador é infatigable chino, ya transeuntes de todas las castas y trajes imaginables. Y todo este encantado paseo, á través de los bosques, de los árboles más opulentos, atrevidos y hasta insolentes por sus estaturas de gigantes. Nutridos por la ubre inagotable, por la savia virginal de la nodriza tierra, saciados de agua y calórico, desarrollan con indecible audacia la musculatura colosal de sus ramajes. Las *plantas sociales*, de que habla Humboldt, viven allí en perfecta libertad, igualdad y fraternidad selváticas, como si el termómetro y el barómetro concediesen á cada uno los grados de todas las latitudes y cli-

mas requeridos para su maravillosa germinación. Así, al lado de lo que podemos llamar vegetación salvaje, viven las plantas más refinadas y pulcras. Junto al pino, puntiagudo como una torre gótica, vemos follajes rampantes que parecen inmensos almohadones de verdura. Hay árboles, lisos como varas, hasta 90 pies de altura, y allí, con un soberbio penacho, cúpula de verdores perpetuos, y el Victoria regia, el sagrado Loto y la sustanciosa azucarada Piña, y la presumida Palmera, y el nutridor Cocotero, y el potente Durian, y el Árbol del viajero, con su racimo de troncos y sus inmensas hojas, amplias como sábanas en forma de abanico, ofreciendo sombra, fresco, agua, y hasta casi albergue, al caminante, y el Bambú pulido como acero y rebosando el jugo de su savia, y el cactus, y las audaces trepadoras, y el Flamígero con su cresta de gallo hecha de flores rojas y lucientes como ascuas, y el Mangostán de pulidas hojas, y mirtos y laureles, y los arbustos de todas clases y los pegajosos musgos y parásitos forman allí las variadas estrofas y mosaicos del gran poema de la vegetación, y crecen y viven en anárquico comunismo, siempre frescos y jóvenes y verdes, pues allí jamás se desnudan ni mueren. Digo mal: sí, un día se desnudan, pero no es que la mano invernal los ha despojado; es que, como una hermosa, mudan de traje, hacen su *toilette*. Su vestido de hojas estaba viejo: á los tres días la coqueta ostenta nuevo vestido verde, pintado de flores, salido del taller del Worth selvático.

Las flores asiáticas, más grandes, vistosas y extrañas, pero menos elegantes, olorosas y *comme il faut* que las pulcras y bien criadas de Europa, no son allí las reinas del jardín entre aquella verdura que las aplasta, las esconde, las ahoga, las destrona. Allí todo el lujo está en lo que llamaré *foliculación*; las hojas han robado su color á las flores; las hay rojas, amarillas, moradas, jaspeadas, anchas, estrechas, retorcidas en espirales, lucientes como metal, suavi-sedosas como terciopelo, filigranadas, festoneadas, y todas de verdes tan varios que forman una verdadera escala verdométrica. En fin, aquel lujo es un poema vegetal, la *Foliada*, el combate de las hojas. Aquí se llama bosque á veinte árboles agrupados que parecen disputarse su ración tasada de agua, luz y aire medio año, y

quedan después en triste esqueletación invernal que les hace parecer bastones clavados en el barro. Allí, al revés, árboles de todas clases y climas se abrazan, se besan, se prestan sus mismos jugos, beben la misma vida en la misma copa, seguros de que el gran jardinero, el Ecuador, que allí se puede llamar Aguador, mantiene en evaporación ascendente y condensación descendente la hidrotermal regadera, el vivificante tesoro de las nubes y las lluvias. Y por eso en su exuberancia dejan á las parásitas, trepadores y á los musgos vestir y orlar sus troncos y tender sus festones, y á las aves colgar sus nidos y comer sus frutos, y á los insectos hacer sus túneles en sus troncos que en otro suelo quedarían secos y vacíos. En breves años crecen lo que aquí en un siglo, y parecen decirse: «Vivamos, florezcamos, aquí hay vida para todos; el frío no nos ha tocado con su mano polar, ni la nieve nos ha cubierto con su blanco sudario». Es tal la fuerza vegetativa, que yo sospecho que si se arroja en tierra un zapato viejo, pronto saldrá un árbol con racimos de zapatitos por fruta. Intenciones tuve de sembrar allí una libra esterlina, por si me daba cosecha; pero el dinero sólo fructifica y se centuplica en el jardín de usureros y prestamistas, mediante la milagrosa vegetación del tanto por 100.

Omito aquí mis apuntes botánicos y mis nombres latinos sobre aquella región, propia para las bodas de Oberón y Titania, y que enloquecería de entusiasmo y de trabajo al naturalista que estudiase su fauna y su flora; no os pinto la variedad de ardillas y monos que saltan en cómicas gimnasias por aquellas enramadas, ni las 219 especies de pájaros de colores vivos con sus gorjeos incesantes y hasta sus articulaciones verbales, pues he observado en el canto de las aves asiáticas algo silábico que les da más el carácter de palabra que de canto. Estudiando su lenguaje tomé algunos apuntes curiosos. Un pájaro vecino á mi ventana decía claramente: *urrutia, urrutia; chichi, pirito, chiquitito: sari sara puri sata;* sílabas que, cosa extraña, tienen semejanza fonética con la lengua *ursu* de los indios y aun con el sánscrito. Someto la observación á los filólogos por si averiguan, con tan importante dato, que los pájaros fueron nuestros primeros profesores de lenguas.

¡Ah, pobres avecillas! El idilio matinal de sus cantos, sus discursos y sus diálogos amorosos se torna por la noche en la tenebrosa tragedia ornitológica, en el banquete de las implacables aves de rapiña ó las culebras y monstruos que pueblan el bosque, y que sorprenden sus inocentes sueños, sacrificándolas á ese tirano de cuanto vive, el hambre. Y mientras ellos duermen ó mueren, los millones de insectos nocturnos, las metálicas cigarras forman un coro, una nota constante que aturde hasta que á la luz del día se callan y esconden para dejar el dominio del aire y la luz á las aves redivivas, á las 300 especies de mariposas, á los verdi-lucientes lagartos, á las innumerables especies de arañas que cansarían la paciencia de su historiador Walkenaer, á las incalculables legiones de hormigas que aturdirían al mismo Huber. Porque, eso sí, las hormigas parecen las dueñas absolutas de aquella tierra: en parándose uno, el pie está cubierto de ellas. Un día se desbocó el caballo de mi coche y caí con mi cochero malayo en un foso: al levantarme, vivo, pero triturado, ¿sabéis cuál fué mi más difícil tarea? Despoblar mi cuerpo de los millares de hormigas que de él tomaron posesión, con ánimo sin duda de fraccionarme en tajadas y almacenarme en la rica y subterránea despensa de sus hormigueros. Hay allí hormigas blancas, ya lo sabéis, poetas, blancas, no por la fuerza del consonante, sino por su color blanco, y tan voraces, que en poco tiempo se comen, así como suena, se comen una casa entera. Sobre esto escribí unos versos que el tiempo me impide recitaros. Por supuesto, Achor, el dios de las moscas, ha lanzado allí los enjambres de éstas y los implacables mosquitos para tormento del hombre. La vida es un hervidero en aquellas regiones: la naturaleza sobrepone su obra á la del hombre y es allí la soberana. Para cantar su poema creador, su *Rerum Naturæ*, sería preciso un nuevo Lucrecio, y para historiar su génesis, un nuevo Swammerdan que escribiese su *Biblia Naturæ*.

Entre esas verduras y follajes levantan sus elegantes, airosas, aéreas y aireadas casas y celebran sus églogas burguesas los cuatro ó cinco mil ingleses, holandeses y alemanes que las habitan transitoriamente hasta haber extraído de las sustancias vegetales, minerales y animales de aquellas tierras

unos cuantos miles de libras que les permitan volver enriquecidos á descansar de sus duras tareas coloniales, entre las brumas, lluvias y lodos de la septentrional Europa. En esas casas, brotando casi como plantas sobre pilares que las separan del verde suelo, el aire, la luz y el espacio son el mayor lujo. Yo dormía en una vastísima habitación con 16 enormes ventanas abiertas á todos los vientos, luces, olores y sonidos forestales. Sólo de noche cerraba las ligeras persianas que me defendían del aire y los hombres, hasta que una noche el terrible viento inesperado y súbito, el huracán de Sumatra, las abrió de golpe y porrazo .. y ¡qué porrazo! ¡Imaginad mis apuros al despertar, desnudo, sudoso, á oscuras, pidiendo la luz como el Ajax de Homero, tratando ¡vano empeño! de cerrar los 16 pórticos abiertos! Pero, en cambio, por la mañana tenía mejor despertador con el agudo grito de un águila anidada en vecino árbol y con el concierto de las aves parleras, más que canoras, y con los chillidos de los juguetones monos que se disputaban todos los frutos lícitos de aquel paraíso.

La vida en esas casas blancas como la nieve tiene su principal encanto y *confort* en la magnificencia del bosque, en la riqueza oxigenal del aire, en el torrente de luz, en los importados lujos europeos hermanados con los orientales, en una alimentación sana, confeccionada por los hábiles cocineros chinos y sazonada por los estimulantes de la especiería asiática del *curry* indio, tan picante y abrasante al principio que se escupe como fuego, y después se saborea como aperitivo y espuela indispensable al perezoso paladar y al debilitado estómago.

El aire puro; el baño diario y repetido; el indio *punkas*, que abanica y renueva el ambiente; el blanco traje, consistente en pantalón y americana de corte y cuello militar abotonado hasta arriba, que es el uniforme distintivo de todos los europeos, y que por su baratura (24 duros una docena) permite el lujo de la constante mudanza, ayudan á luchar con toda la ventaja y valor posibles contra los ardores ecuatoriales. Aquella blancura del traje impone una forzosa é higiénica limpieza mientras el negro de nuestros paños, que parece lo más limpio, por lo que disimula, es lo más sucio, por lo que esconde; es la

hipocresía de la suciedad. Por supuesto, allí el ser descamisado no es un signo de pobreza (pues no se gasta camisa), ni el tener coche un privilegio de rico, pues el coche es tan indispensable al europeo como las botas ó el sombrero. Excusado es decir que aquellas casas, abandonadas durante el día, enmedio del bosque, al paso del camino público, y de noche sólo defendidas por frágiles persianas, transportadas á nuestro paseo de la Castellana, quedarían desalquiladas al tercer día. Yo, y solitario, he cruzado bosques vírgenes á las dos de la mañana con más tranquilidad y seguridad que el Salón del Prado á las doce, á pesar de los serenísimos señores serenos, que maldita la serenidad que me comunican con sus chuzos y faroles.

De las numerosas y extrañas frutas de aquellos paraísos, ninguna de ellas prohibida para el Adán que echa mano al bolsillo, sólo mencionaré, por lo típicas en forma, tamaño ó sabor, el enorme Bua Nangka (jacquier en francés), de tres pies de circunferencia, y el Durian, fruta de cuatro ó cinco libras de peso, especie de piña erizada de miles de púas agudas, punzantes como clavos y suspendida á gran altura, como una amenaza terrible para el desnudo cuerpo de los que pasan, pues sus heridas serían muchas y dolorosas. Su contenido es una masa blanca, glutinosa, especie de manteca ó cold-cream, repartida en varias concavidades, y cuyo sabor es tan extraño, tan indefinible, que la primera vez que la gusté, analizándola con los que me la ofrecían, convinimos en que sabía á pintura, resina, cebolla, ajo, manteca, azúcar, almendra amarga, petróleo, requesón, sandía, melón, hierba, etc. Esa fruta, ó repugna ó envicia al que la llega á probar, y, por supuesto, el aliento del que la come queda perfumado ó apestado por todo el día, pues es no sólo flatulenta, sino *flautulenta* por las armonías de órgano que produce su difícil digestión. La fruta más sabrosa es la deliciosa y amarilla Manga, y la más delicada y hasta poética es el Mangostán, morado, pulido, redondo y del volumen de una lima. Se abre cortándola por la mitad, y en su centro, como en estuche de terciopelo, aparecen cinco ó seis almendras en forma de cabezas de ajo, agrupadas, apretadas, blancas como nieve y como ella frescas, con dulzuras de sorbete y confite. De ellas se comen docenas: son

las ostras del reino frutal y la delicia del insaciable europeo.

Gracias á la atracción del trabajo y de las libertades británicas vive allí una población de todas las razas humanas que, según el censo de 1891, es de 184.554 habitantes, 5.000 europeos y los demás malayos, achineses, boyaneses, bugis, javaneses, dyaks, bekans, manilos, eurasianos, ó sean los descendientes de los portugueses, árabes, armenios, persas, singaleses, egipcios, siameses, anamitas, japoneses, indios, negros, y por último, los chinos que, en número 121.908, forman el 66 por 100 de la población, y son el núcleo, la base y los motores de su prosperidad comercial, prestando á la ciudad el carácter, la arquitectura y la fisonomía de una verdadera población china.

Cada una de las calles de Singapore parece el globo condensado. Allí aquellas gentes se reúnen al toque del trabajo, deponen todo regionalismo y nacionalismo, viven en paz y en gracia de sus dioses ó sus diablos, sirviéndoles de vínculo común de inteligencia la lengua malaya, que es como el francés del Oriente, y que todos hablan con relativa facilidad, merced á la que ofrece su clara pronunciación de vocales, que le asemejan al español, y sus verbos, sin más modos y tiempos que el infinitivo determinado por los adverbios. Por eso el chino nasal, y el árabe gutural, y el indio, cuyo lenguaje parece una explosión rápida de *aes* y *erres*, se entienden en ese malayo armonioso, claro y casi sin gramática.

Una noche, nunca la olvidaré, un incendio se declaró en un gran almacén contiguo al vasto local del Consulado de España, cuyos papeles y fondos acudí á salvar. ¡Qué espectáculo tan fantástico ofrecían á la luz rojiza de las llamas en aquella especie de noche del Walpugis á que acudían aquellas razas asiáticas con sus vistosos trajes y sus espléndidas desnudeces!

Los membrudos malayos, los graciosos singaleses, los majestuosos chitties, con sus blancas togas, sus afeitadas cabezas y sus soberbios perfiles de emperadores romanos, y los klings como Antinoos de bronce, y los elegantes malabares, y los bengaleses, con los enormes turbantes que embellecen sus expresivas cabezas, y los parsis, adoradores del fuego,

con sus blancas túnicas, y los amarillentos é impasibles chinos. Mientras contemplaba con asombro aquellos tipos de la humana belleza (la belleza negra) y aquellos trajes tan amplios, vistosos, sencillos y, sobre todo, naturales, de un teatro vecino salieron á ver el fuego grupos de espectadores europeos, vestidos de frac y corbata blanca, engallados, como caballos de tiro, en sus almidonados cuellos. Declaro que, como europeo, sentí cierta artística vergüenza por mis compatriotas, mis co-civilizados; jamás me pareció más ridícula la risible indumentaria de mi Europa, que no ha sabido hallar para la suprema estatua del hombre blanco, rey antropológico, mayor gala que esas colas de golondrina del frac y esas *almidoneces* de muñecos, mientras aquellos semisalvajes han sabido conservar la estética dignidad de la figura humana.

Como contraste con aquella noche, un día, en plena luz solar, con la intrepidez y curiosidad de poeta y artista, me colé (como suele decirse) en una inmensa pagoda budista, donde los indios, engalanados con sus más brillantes y valiosos atavíos y joyas, celebraban la fiesta de la diosa del fuego, *Draupade*, en cuyo honor debían los más fanáticos y fervorosos hacer la terrible prueba del fuego, pasando con los desnudos pies sobre encendidas brasas; prueba que, quizás por escepticismos que aplacan hoy, cuando no apagan, las llamaradas de la fe antigua, se sustituyó por una danza guerrera y una especie de pantomima cómica, que contemplaban con avidez y simpática expresión infantil aquellos hermosos indios de todas castas. Carros-templetes enormes, que debían formar la procesión nocturna, engalanados con cintas, flores, dorados y grupos de niños, ángeles negros de infinita gracia, llevaban las imágenes deformes de esas aves, animales monstruosos y simbólicos de las teogonías indias, y eran tirados por blancos bueyes, ornados de cintas y caireles. Lo pintoresco no puede llegar más allá: un pintor se hubiera embriagado de líneas y colores. No hay pincel que reproduzca aquello. Y al ver la tolerancia y afabilidad con que me acogían á mí, intruso, aquellos hombres, en el momento de su mayor exaltación religiosa, comprendí cómo ese budismo ha conquistado, por la difusión pacífica, un tercio de la humanidad, 500 millones de sectarios,

y aun hoy invade las aulas de la Sorbona, donde León Rosny predica la doctrina del Nirvana. Religión tranquila, metafísica y que ofrece en su culto grandes analogías con el católico, pues tiene sus papas, obispos, abades, monjes, sacerdotes afeitados, rosarios, campanas, lámparas encendidas, imágenes, agua bendita, confesionarios, purgatorio y hasta una doble Virgen, tanto que los primeros misioneros del Tibet, al ver tales cosas, llamaron al budismo el cristianismo del Diablo, creyendo que Satanás había falsificado la religión de Cristo para perder al género humano.

Una de las cosas que más sorprende al europeo en Singapore es la casi absoluta ausencia de la mujer. El eterno femenino de Goethe (das Ewig Weibliche) que, según él, nos eleva al cielo, allí no existe. El eterno masculino, ó más bien el eterno neutro, domina, tanto que llega uno á creer en la agamía ó insexualidad, ó á sospechar si la generación humana se hará por gonochorismo ó separación de sexos, tal y tan radical es la que allí existe. La mujer es allí sólo la hembra de la especie, la esclava del hogar; el hombre hace todos los oficios femeninos: los chinos son *los* cocineras, los parsis son *los* modistas, los Klings *los* lavanderas, etc. Cuando ve uno por la calle una china, más masculina, por traje y cara, que los mismos chinos, ó una malaya con andar de reina, ó una Selika escultural, toma uno nota y siente el regocijo del hallazgo. ¡Quién sabe si por la eliminación femenina, por la ausencia de *ella*, viven en paz aquellas razas de Otelos y Tiresias!

Siendo los chinos los que, como he dicho, dan su más característica fisonomía á Singapore, he dejado para último cuadro de esta escénica conferencia algunas pinceladas rápidas sobre tan extrañas gentes, pues explicar la China es casi una ciencia. La China puede decirse que constituye una geografía aparte: la China es, como si dijéramos, una especie de asteroide pegado á la tierra, es un mundo dentro de otro mundo. La *Chinografía* y la *Chinosofía* exigirían largos años de estudio, y comprenderéis que, hostigado por los apremios del tiempo, que quiero ajustar á la medida de vuestra ya torturada paciencia, debo dejar en el caos de mis apuntes, en la sombra de la omisión, infinidad de asuntos, apuntando sólo al-

gunas de mis más directas y simples observaciones personales.

China ó, dicho en chino para mayor claridad, el *Tath-Ching-Kun*, el Celeste Imperio, es el nombre más breve y el país más colosal, el que por su tamaño y gente pesa más sobre los hombros del planeta. Esos chinos que, según los abanicos y maqueados, nos figuramos como unas especies de clowns con campanillas, vestidos á lo pierrot, con colorines de papagayos, caras triangulares y cabezas cónicas terminadas en cola; esos chinos pacíficos, engañables como chinos y tratables á puntapiés, sin Césares, Alejandros y Napoleones, con pocos ruidos y muchas nueces, han sabido apoderarse poquito á poco de la mayor y mejor parte de este globo.

El Asia casi entera es suya, y á no oponerles un dique, América, Cuba, Filipinas, quizá la Australia, concluirían por ser pasto de su explotación, pues, eso sí, la raza es de lo más cosmopolita, y lo mismo vive en los hielos del Septentrión que en las estufas ecuatoriales; lo mismo trabaja en las cimas del Himalaya, que en las selvas de Java y Borneo. Claro está, como que, extendida del grado 18 al 40, con sus 2.500 millas de costa, 4.440 de frontera, 1.488.000 cuadradas, tiene en su suelo y bajo su cielo todos los climas, todas las faunas y todas las floras. Todo en ella es descomunal: montes como el Tibet, ríos como el *Hoang-ho* y el *Yang-tze--Kiang*; 18 provincias, *Shih-pa-Sang*, como 18 Inglaterras, y sus cinco regiones, Mantchuria, Mongolia, Turquestan, Tibet y China, cada una como un continente. Y toda esa inmensidad, esa monstruosidad geográfica poblada por los amarillos hormigueros del trabajo, por la mayor cantidad homogénea de humanidad, por 450 millones (quizá 500) de hombres de una misma familia antropológica, que por su historia y su anatomía rechazan la confraternidad con las otras razas, y todos ellos regidos por la misma mano y por la misma ley. Cuando nació el antiquísimo Egipto, China era ya vieja. Murieron los grandes imperios asiátios, y Grecia y Roma. China vive fuerte y se gobierna como en los días de Yao y de Chum, es decir, la friolera no de centurias, sino de milenios.

Las lenguas clásicas, latina y griega, aún embalsamadas por la gran tradición literaria, eclesiástica y erudita, son lenguas muertas. La lengua china es la lengua siempre viva, la lengua eterna, inalterable, idéntica á la en que Confucio, 550 años antes de Jesucristo, les enseñó la misma moral que aún acatan, si no practican, y el chino de hoy lee con los mismos enrevesados signos en que fué trazado, el *Ta-Hio* ó Gran Estudio, y el *Tchung-Yung* ó Inmovilidad en el Centro, título en verdad simbólico de la central inmovilidad que con su petrificante filosofía imprimió á los hijos de ese Celeste Imperio, inmóvil, momificado, decrépito como un abuelo, como un *centarabuelo*, ó en perpetua infancia é incapacidad de civilizada madurez. Porque extraña ley toda una raza se ha sustraído á la rotación social, y á la evolución histórica es problema irresoluble.

Todo en ese pueblo es colosal, casi deforme. Hace un canal para la navegación interior, y tiene 650 millas; una muralla para su defensa, y levanta el *Wan-li-Chang*, de 1.259 millas, 20 pies de alto, 25 de ancho y una torre cada 100 varas; construcción casi geológica por su arraigo en la costra planetaria, por su persistencia y su antigüedad, que data de la dinastía *Mung*. La historia china ¿quien la cuenta? se pierde, no en la noche, en el caos de los tiempos, en el laberinto negro de la prehistoria mítica, y sólo 2.200 años antes de nuestra Era, con Yu el Grande y la dinastía Tchow, se delinean sus primeros rasgos etnográficos y políticos. Y ese pueblo extraño, casi más asustado del europeo que del mongol, levanta un nuevo *Wan-li-Chang* invisible, una muralla contra el poder occidental, que sólo ha podido, á fuerza de esfuerzos, obtener cinco puertos abiertos al comercio; concesión hecha de mala gana á esos malditos *diablos rojos*, como nos llaman en una frase breve, pero sustanciosa como todas las suyas. La inmovilidad confuciana, no sólo en el centro, sino en la circunferencia, es el distintivo, la idiosincrasia de esas gentes chinas que, con sus ojos oblicuos, parece como que ven las cosas oblicuas y de distinta dimensión y color que nosotros. Quizás lo ven todo celeste y nuestra civilización negra; todo es según el color del cristal con que se mira, como dice Cam-

poamor. Por supuesto, los chinos, esos sí que son conservadores; á su lado, los nuestros son demagogos demoledores. Todo lo conservan; diríase que viven en lata. Sus deberes, sus costumbres, sus trajes, todo está regulado en el *Le-King*, el libro de los Ritos, Decálogo, Evangelio, Korán, Catecismo que contiene tres mil preceptos de cuanto ha de hacer, pensar y creer todo buen chino; libro para cuya conservación é interpretación existe un Tribunal ó Concilio encargado de mantener su imperativa letra, su dogmático espíritu.

Ese libro va más arraigado en el encéfalo que la cola en el occipucio del chino; le ha hecho heterogéneo con la humana especie. El chino jamás se arrancará su traje, su cola y sus ideas. Residirá treinta años en París y jamás se asimilará el figurín, ni traducirá su mente y su conciencia al francés. Resistirá á las seducciones de la diosa Razón, y el mejor día, adiós París, se irá á enterrar su fortuna, si la ha adquirido, y sus huesos en el último lugarón de la China donde duermen sus abuelos. Porque, eso sí, hay que confesarlo: la base de la chinesca momificación proviene quizás de su más característica virtud: el culto de los abuelos, el amor filial, la religión de la familia. La vejez allí es una santidad; la mera edad, una virtud y hasta un derecho á la manutención. Es pecado saber más que los abuelos; reformar lo que hicieron, olvidar lo que mandaron, disentir de lo que pensaron es un desacato, una rebeldía: es declararse superior. Y por ese amor filial, al pasar por las azules casas de las calles de Singapore, todas ellas abiertas, sin misterio, en una especie de comunismo urbano, veía yo el salón, que es el ingreso á la casa, alumbrado con lámparas y velas y faroles de mil colores, y pinturas y bordados; lujo chinesco que les da el aspecto de capillas ú oratorios donde la propia familia celebra una especie de perpetua misa doméstica en honor de los antepasados, cuyas biografías ó hechos memorables, recordados en inscripciones honoríficas, ornan las paredes; genealogía y heráldica algo más sabias y eficaces que esos monstruos, calderas, águilas bifurcadas, leones rampantes, castillos en el aire y platos montados de nuestros disparatados y enigmáticos escudos nobiliarios. Y por ese apego á la tierra de los padres, el cadáver del chino

ausente pasa el mar para venir á dormir con ellos, y el culto de la muerte es una religión, y la caja del muerto un lujo (hasta 2.000 duros suelen costar), y en honor del muerto dan los herederos banquetes, fiestas, funciones teatrales públicas en todas las esquinas y barrios, para que á su memoria todos gocen y conserven un grato recuerdo, en vez de verter falsas lágrimas al compás del piporro y los responsos. De aquí que el ideal del chino es nacer en *La Chow*, donde hay las mujeres más guapas; vivir en Cantón, donde hay el mayor lujo, y morir en Linchau, donde hay las mejores maderas para ataúdes.

¡Qué distinto entre nosotros! ¡Qué pronto el torrente de la vida borra el recuerdo de los muertos! ¡Ah, si Angelia, aquella hija de Neptuno, que decía á los muertos lo que hacían los vivos, resucitase y telefonease á la Central del otro mundo lo que en éste hacen muchos herederos, cuántos muertos, en vez de una segunda vida, apetecerían una segunda muerte al ver cómo los duelos con pan son menos y con tortas casi festines!

Con sus religiones oficiales, llamémoslas así, la de Confucio, el Fo ó sea el budismo, el Tao, la Razón primitiva y el Islamismo, puede decirse que China es un pueblo casi ateo, sin sacerdocio, á pesar de sus templos. Los creyentes viven en paz, se llevan bien y no sienten la locura de los fanatismos. Más que creyentes son supersticiosos; más que en Dios creen y temen y se congracian con el diablo, á quien aplacan con fiestas y ofrendas. Recuerdo una de éstas en el mes de Septiembre, el *Wayang*, que corresponde á nuestro día de Difuntos. Todas las calles de la ciudad se obstruyen con colosales mesas, donde cada barrio compite en la ornamentación y alardes de generosidad. Todos los manjares de la cocina *celeste* (y si eso comen en el cielo no hay que envidiar á los ángeles), gansos, pavos, cerdos enteros asados, confites de todos colores, olores y sabores, frutas colosales de toda el Asia, colocadas con arte y gracia, se ostentan en aquellas mesas, que en abundancia dejarían tamañito á Camacho el de las bodas, y adonde acuden todos los hambrientos y sedientos y golosos y Gargantúas á saciarse, á comer á dos carrillos y á diez dedos, sin pensar en la maldita cuenta del mozo, pues todo es gratuito, debido á la generosidad social, que así aplaca al dia-

blo y contenta á los difuntos. Y luego, en esta y otras fiestas, harto largas para enumerar, ¡qué procesiones asombrosas, interminables, en que todo el pueblo toma parte, en que acuden los gremios y las familias, haciendo de santos y héroes de la fiesta! ¡Qué estupendo despliegue de banderas y estandartes y palios! ¡Qué sederías maravillosas! ¡Qué bordados, poemas de la aguja! ¡Qué carnaval fantástico, indescriptible, de trajes extraños, monstruosidades deslumbradoras, caretas de un cómico *drolatique*, rabelaisiano! ¡Qué guerreros, jinetes y niños con trajes de sederías y oro dignos de reyes! No cabe más allá en lujo de colores: es un kaleidoscopio vivo: es la luz haciendo sus alardes prismáticos condensada en materia. El arte chino se inspira y tiene por modelo las deformidades de los dragones y monstruos; pero el color, en lo que tiene de esplendoroso, le pertenece. ¡Ah, si la línea correspondiera al colorido serían maestros! ¡Algo de eso es el secreto milagroso del arte japonés! La figura humana les escapa, aunque no la expresión. Yo entré un día en un apartado templo chino: en sus altares había docenas de pequeñas estatuas doradas de héroes, emperadores ó lo que fueran. Los cuerpos eran incorrectos, pero la expresión de los rostros portentosa. Todas las pasiones, ira, asombro, amenaza, desprecio y otras estaban representadas con una vida y una perfección insuperables. Pueblo que hace aquello, educado, podría llegar á maestro en la plástica.

No sé qué escritor decía que cuando se está ocho días en la China se escribe un libro, y cuando ocho años ni un renglón. Yo no os hablaré de los chinos *chez eux*, sino de los chinos más ó menos *pur sang* y mixtos de indio y malayo, venidos por la atracción del imán de los hombres, el oro, á Singapore, á ganar el arroz nuestro de cada día, y trabajar y hacer su pequeño agosto al amparo de las libertades, leyes, policía, orden y limpieza británicas, y vivir con más ó menos holgura ó permanencia en aquella ciudad grande, animada como una colmena, bajo su cielo azul, con sus casas azules y sus trajes azules, que todo ha de ser azul entre gentes tan celestes; reunidos todos en el comunismo de la calle, de la abierta tienda y de la abierta casa, pues todo aparece allí abierto á

los cuatro vientos. Allí les he visto yo, hormigas infatigables, hábiles, como dice Homero de los Sidonios, para todos los oficios, haciendo en cuclillas, en un palmo de terreno y con los más toscos y primitivos instrumentos, todas las manufacturas con facilidad portentosa, con una perfección, paciencia, prontitud y baratura que superan á toda concurrencia. Si los pueblos que trabajan son los ricos, los chinos deberían ser los opulentos de la tierra. Propongo el problema á los economistas. He visto al indio indolente dormido, tumbado, fumando, jugando al ajedrez ó á las cartas; al perezoso malayo en completa inacción contemplativa; jamás he visto á un chino dormido y cruzado de brazos.

Si no tienen inventiva los chinos, tienen la más absoluta facultad imitativa; todo lo hacen bien. En los Bancos ingleses, los que saben inglés, son excelentes empleados y fidelísimos cajeros. Los que no se asimilan la contabilidad europea, con un instrumento cuadrado, con alambres y bolas movibles, parecido á los contadores de billar, hacen, con pasmosa rapidez y exactitud, los cálculos de la más complicada aritmética. Yo para prueba pregunté á uno un problema que exigiría diez minutos y un buen trozo de papel, y él, con una prestidigitación de medio minuto, me dió la más infalible solución, luego detenidamente por mí comprobada. Un zapatero, sin más medida que una tira de papel, con dos recortes halló la horma de mi zapato, y en un par de ellos, buenos, bonitos y baratos, metí mis pies como en el molde más perfecto. Criados, en los hoteles, silenciosos, con el pie descalzo, limpios con sus blancos trajes, preferibles al frac del presumido *garçon*, sirven á pedir de boca, sobre todo si es á la mesa, y son el ideal de la domesticidad, son la carne humana hecha máquina de servir. Le decís al chino: haz esto, y lo hará 365 veces al año con puntualidad de cronómetro. ¿No le decís nada? Verá muerto vuestro perro y no le levantará así se cubra de gusanos. Yo dejé durante una semana, para prueba, un sombrero en el suelo; mi chino respetó su inmovilidad, su estática. Como cocineros, ¡ojalá nuestras *pobres chicas*, nuestras *Menegildas* aprendiesen el arte culinario como lo hacen aquellos Vateles con cola! Comprenderéis que no me refiero á los potingues casi

farmacéuticos del fogón chino. Pacientes, yo les he visto mover el *punkas* durante cuatro horas; jamás el más leve signo de impaciencia se ha sospechado en su rostro. Un andaluz hubiera enviado el abanico y abanicados sabe Dios dónde. Sobrios, el arroz es casi el pienso humano de su nutrición. ¿Has comido arroz? es el saludo chino. Diríase que la raza china es una mera metamorfosis del arroz hecho carne. Comen, sí, otras mil cosas, *obras sin nombre,* como aquella salida de la caldera de las brujas de Macbeth, pero el arroz debe tener una milagrosa potencia biológica que les da una resistencia muscular extraordinaria Quizás es el carbón y el agua de la locomotora humana. Por eso sus necesidades son casi nulas y sus salarios mínimos. Indios y chinos hay que viven con cosa de tres duros al mes, y á pesar de esa sobriedad, ¡qué increible resistencia física la de aquellos *culis*, llevando fardos de abrumadores pesos, y aquellos remeros que con un remo á la popa arrastran mercancías que exigirían seis remeros nuestros, y aquellos mandaderos que con el balancín de bambú y las enormes cestas de mimbre á sus extremos trasportan volúmenes duplicados!

Pues, ¿y el *Jinrikisha*? ¡Jamás hubiera sospechado hasta dónde llega la resistencia y la fuerza del hombre! Es el tal un cochecillo de dos ruedas, góndola de aquella Venecia de verduras, con movible capota, asiento para dos personas y dos farolillos; sírvele de caballo un chino joven, bien formado, de formidables y musculosas piernas, delgados brazos, bien conformado y hasta blanco y limpio cuerpo, sin más *arnés* que un calzoncillo azul y un puntiagudo sombrero de paja en el pelado cráneo. En todas partes y á todas horas, lo mismo en la calle central, donde hierven á millares, como en la más remota alameda, brotan como evocados de la tierra á cualquier momento que los necesitáis. Entráis en él y el chino empieza á trotar. Pronto su espalda (cuya pureza de piel y carne envidiarían muchas bellas) empieza á sudar, y á poco parece que sobre ella han vertido una botella de aceite. La bestia va ganando su arroz de cada día con el sudor de todos sus poros. Corre, corre; el céntimo es su látigo. Lleváis andada una legua y el centauro no desmaya. Adelante, sólo os

cuesta un perro chico por milla. Un amigo mío fué y volvió á Johore, total diez leguas; apenas dos descansos de minutos en el camino y sin cesar el trote ó el galope. ¿Sabéis cuánto pagó, según tarifa? 75 centavos mejicanos, unos nueve reales! Y ese pobre burro mártir, que os esperara tres horas á la puerta con paciencia igual á su fuerza y cuyo único goce y lujo suele ser unas chupadas en su pipa de opio, ¡cuántas veces suele recibir de manos asiáticas ó de ebrios soldados ingleses una soberana paliza, cuando no la muerte, en pago de su vía dolorosa!

Cuéntase del gran *Timur Leng*, ó Tamerlán, como nosotros decimos, que al ver trepar por la pared una hormiga la derribó. Volvió la hormiga á subir y él á derribarla, y así siguió haciéndolo hasta ochenta veces. Entonces la permitió subir, tomando de ella ejemplo de la primer virtud indispensable al conquistador, la perseverancia. Esa tenacidad de hormiga, como su fuerza para el trabajo, es el rasgo saliente del chino.

En las aglomeraciones del puerto ó de los talleres nunca he visto entre chinos las groserías, insultos y pendencias de nuestras ineducadas multitudes. Me han parecido corteses quizá por el frío y orgulloso desdén con que nos miran.

Sus trajes todos los conocéis. El lujo de sederías, bordados y colores no está completamente exento de gracia. La ancha camisa china y el calzón hueco imponen una forzosa limpieza al cuerpo, ventilado por el aire y purificado por el baño diario. La famosa cola (no más absurda que nuestras patillas, perillas y otros caprichos capilares) obliga á tener la cabeza afeitada, limpia y con cierto esmero que exigen los primores del trenzado. En las tiendas los desnudos cuerpos muestran una tersura epidérmica que los humores y acaso el alcoholismo no consienten al desnudo europeo. Sus orejas, sus largas y cuidadas uñas muestran una *toilette* más refinada que la de nuestros conciudadanos, y algunos chinos, con ojos no tan oblicuos como se supone, vestidos á la europea, quizás, quizás parecerían curas ó toreros. Las chinas, sexo neutro, son allí las feas, el macho de la especie.

Despreciadores de la vida; sufridos como nadie para el do-

lor más agudo de las más crueles operaciones quirúrgicas; sustitutos por dinero, á veces, de algunos condenados á muerte; suicidas hasta por causas leves, los chinos serían excelentes soldados el día en que *los militarizasen* y metiesen en el cerebro y el corazón la locura y la furia de la guerra que aquí disimulamos con el nombre de gloria.

Á no impedirlo la dignidad de este sitio, yo os haría reir imitando los gestos, gangosidades, gritos desaforados y extraña mímica de una representación teatral china, contándoos muchas anécdotas curiosas, y entraría en el hemisferio del mal, en la región de las impurezas perpetuas que allí se dan con tropical abundancia. Dicen los chinos que el *Aicon*, la planta más olorosa que produce la China, y el *Yen*, la más pestífera, no pueden caber en el mismo campo. Pero en el mismo campo y en el mismo hogar y en el mismo pecho caben allí las plantas de la más aromática virtud y del vicio más fétido y venenoso.

Pero basta, señores, que ya estaréis hartos de esta especie de extracto de coco ecuatorial, de este Oriente en lata con que os doy la ídem (y perdonad el *flamenquismo*). Orador, ó más bien hablador, alquilable sólo por una hora, que ya he rebasado, debo terminar á escape mi geográfica excursión. No olvidéis, si censuráis lo que callo tanto como lo que digo por lo mal dicho, que aquí soy sólo acuarelista y no pintor histórico ú escenógrafo de las grandezas orientales. Al cerrar el álbum de mis impresiones que os he entreabierto, para resumir mis juicios comparativos, pongo puntos suspensivos á mi labio de viajero, recordando á Machiavelli en su poema del *Asno de oro*:

Perche a voler parlar di tutti quanti,
sarebbe il parlar lungo e il tempo é poco.

Ha concluído la representación fantástico-teatral de mi viaje: cae el telón sobre el inmenso escenario; la lámpara solar que alumbraba aquellos portentos se apaga. Tomo el billete de vuelta; es preciso desandar la vía, despertar del sueño oriental, volver á mi Occidente. En cuanto á él me acerco me

despojo de mi blanca y ligera vestidura; empiezo á tiritar; es que soy un expulsado del paraíso y voy á entrar en los infiernos del frío. Pesados, abrumadores gabanes y abrigos interiores me aprisionan y estorban; soy el mozo de cordel de mi propia ropa. Cruzo el agitado Mediterráneo, y el resfriado se apodera de mis mucosas nasales, y sólo para el servicio de esta diminuta facción, mi nariz, necesito un cargamento de pañuelos. Llega mi nave á Itaca, á mi patria, arribo á Barcelona: centenares de barcas la rodean, pero ¡ay! son negras y sus barqueros todos iguales, todos vestidos de negro ó burdo paño que pasa de castaño oscuro. Prosaicas y desairadas gorras dan á sus afeitadas y acartonadas caras, sin sonrisas, aspectos poco atractivos. Antes de desembarcar me estrello contra una roca: es la Aduana, la protectora Aduana que por un tapete indio de 30 duros me roba 40 duros para librarme de pagar 200 si los vistas extreman su exégesis al interpretar la Biblia arancelaria. ¿Dónde están mis barcas graciosas, mis colores pintorescos, mis airosos turbantes? La civilización se los ha tragado. Por las hermosas calles de la gran ciudad transita una multitud negra y sin colores; el humano hormiguero. Estoy en la región de las negruras perpetuas. El Oriente es rojo, es una aurora; el Occidente es negro, es una noche.

No penséis, por esta decepción de artista y poeta, que soy un renegado de mi civilización. Hijo de ella soy, en ella he nacido y por y para ella vivo. La civilización es nuestro vicio, como el fumar, el beber ó el jugar, que nos arruinan deleitándonos. Hijo de mi siglo, siento sus vértigos, me entrego á sus orgías y tentaciones; me seducen hasta sus dolores. Esa electricidad que brota de las pilas y dinamos y circula por los nervios de alambre de nuestros telégrafos, teléfonos, lámparas y hasta llamadores, penetra en nuestros nervios, vibra en nuestro corazón, agita nuestros sentidos y enloquece nuestro cerebro. Con esa civilización vamos contentos á la ruina, á la revolución, á la anarquía, al nihilismo, no importa: *Fiat nihil*, ¡Viva el Caos! R. I. P. el cadáver del Cosmo.

Mas aunque cortesano de esa civilización que nos gobierna y se impone al mundo, ¿cómo no admirar aquel esplendor,

aquella simplicidad, aquella unidad, aquel reposo que según Newton es la cosa sustancial, *rem prorsum substantialen*, de la ley física y moral aquella civilización oriental, quizás dormida en su santa pereza, en su feliz ataraxia, pero sin los insomnios, pesadillas y vértigos de esa gran enfermedad, esa fiebre incurable que llamamos el progreso? El Oriente no le pide, porque como las abejas y las hormigas ha encontrado la fórmula social definitiva, inmutable, adecuada á su finalidad biológica, á su misión política, á su felicidad adamítica de paraíso terrenal.

Nuestra civilización occidental consiste en crear necesidades y luego inventar industrias para satisfacerlas; la oriental, en suprimirlas. El sistema negativo es mejor: la abstención es el lujo más barato; por ella, la pobreza puede llegar á ser una opulencia. La naturaleza es la vida, la fuerza y la dicha de esos pueblos orientales, donde el suelo y el sol se alían para generar como una planta, planta celeste que decía Platón, al hombre libre en la Naturaleza libre.

Mientras aquellas gentes se gobiernan ó se las gobiernan como en el primer día de su Génesis social, nosotros, en el séptimo, después de haber creado todas las cosas, aún no hemos visto que son buenas.

Malas ó buenas, materialistas como el Islam ó metafísicas como el budismo, las religiones son para los orientales letra viva, nuestras dudas y volterianismos no han roído los cerebros orientales. La palabra de Jesús se va borrando de la conciencia cristiana; el sermón de la Montaña va siendo el sermón político de Ultramontaña, mientras los fanáticos mahometanos conservan en su cerebro indelebles, tatuados y grabados al fuego los 6.666 suras de su Korán. ¡Cuántas veces, en Jerusalén, mi cavás turco y en Singapore mi cochero malayo, me han desvelado recitando durante tres y cuatro de las altas horas de la noche, con infatigable canturia, los preceptos del Profeta y repitiendo el nombre mil veces bendecido de Allah! Y mientras los budistas repiten su *oun* invocatorio y hasta hacen girar sus ruedas con oraciones escritas para que suban por millones á los oídos de sus dioses, aquí son pocas las paciencias capaces de concluir un rosario ó una misa con entera devoción

y abstracción absoluta del traje de las elegantes devotas ó de las paganas miradas de los gomosos.

Pero digo mal al decir que los occidentales no tienen religión, cuando sobre altares más elevados que la torre Eiffel tenemos al dios de los dioses: el oro. ¿Qué digo el oro? No, no es el vil metal, es el vil papel, el vil cheque, el vil billete que sin ruido ni peso se mete en el bolsillo; fracción de la divinidad que condensa todo su poder y compra todas las prostituciones corporales, espirituales y temporales, pues ya hemos declarado que nuestro reino es de este mundo, esta *Necesilandia*, donde para cada ficticia necesidad tenemos que ganar ya pre-gastada aquella *obscena pecunia* de Juvenal para comprar, no el pan, sino el festín de cada día y el placer de cada noche. Y siendo Dios el oro y Rothschild su profeta, el mundo es de los millonarios y los milloneros, es decir, los que guardan millones y los que tiran millones y con ellos juegan al monte del alza y baja en el gran templo de la Bolsa. Y por eso el Trabajo es el esclavo del Capital, y por eso el pobre no tiene ya ni la sopa boba, porque los audaces, los gastrólatras gananciosos á la ruleta de la Fortuna han acaparado la sopa boba, y el cocido bobo, y la trufa boba, y la ropa boba, y el coche bobo y otras mil boberías mayúsculas y minúsculas. Y, por supuesto, aquí el rico regala sólo al rico, los Mecenas convidan sólo á los *Mealmuerzas*, los Lúculos dan banquetes sólo á cambio de festines á los Trimalciones, mientras al pobre sin trabajo se le arroja el bono del panecillo de un día, y las obras de misericordia de la caridad social ó municipal andan tan trocadas, que al ejercerlas suelen dar de leer al hambriento, de vestir al sediento y de beber al desnudo.

Miramos al Oriente como la región de los déspotas, donde se llama justicia á las arbitrariedades de sultanes, rajás, mandarines y kadís, mientras nosotros tenemos el cacique tirano ó al alcalde de monterilla, cuya vara de justicia es el garrote. ¡Censurar la justicia y penalidad orientales, aquí donde lo más *Código-penable* no es que le quiten á uno el reloj, sino que se le devuelvan; donde ganar un pleito es ir á San Bernardino! Se dice que aquí sólo se hace justicia al rico: al revés, sólo se hace justicia al pobre; para él sólo están escritos y aplicados

los artículos del Código penal; para el poderoso está el *Código Gracial*, que todo lo atenúa y absuelve.

Mientras en el Oriente cada cual se desnuda ó se viste á su modo, aquí cada cual se viste y desfigura á la moda. La Moda, tiranía de la tijera, que impone á las mujeres esa antiestética y antianatómica dislocación de brazos y hombros y hasta jorobas, impondría, si el figurín lo decretase; formas que, á ser verdaderas, harían llorar á las hermosas; pero por fortuna bien saben ellas que bajo esos risibles envolventes palpita la divina estatua de su corporal belleza. Y á los hombres nos impone la extraña geometría, ó más bien feometría del pantalón, los faldones del frac y esa chimenea, que aun sin dar sombra llamamos sombrero, y que el vulgo apoda chistera, sin duda por los chistes á que se presta su tubular ridiculez. La Moda, crimen social, atentado contra la propiedad, impuesto sobre la presunción, que pagamos sin protesta, y que á ser exigido por el Ministro de Hacienda sería causa de motines y aun de revoluciones. Y esa tiranía de la modista y del sastre (que exigiría nuevos capítulos del *Sartor Resartus* de Carlyle) es tan inquisitorial que se nos mete en el hogar, nos coge de pies á cabeza, de la copa del sombrero hasta el tacón de las botas, determina hasta el color de las ligas femeninas, y nos obliga á ponernos la librea de la civilización, de quien somos lacacos, y nos impone gastos y nos fuerza á vestirnos para los demás. Yo os aseguro que en cuanto esta corbata mía esté un poco arrugada ó esta levita un tanto reluciente, no me compraré, *os compraré* otra si antes el figurín no me ordena su cesantía. Y mientras tanto esos discretos orientales se adornan más que visten, cada cual haciendo alarde de su inventiva estética, sin profanar la majestad de su soberbia desnudez; con la cabeza ornada, con el pie libre, sano, sin los callos y deformidades que imprime la dura bota, lavado por el mismo barro y agua que le ensucian y sin esa vil podludrosis que ha hecho célebres los pies de nuestros aguadores.

¡Ah! sí, lo dije y lo repito: dichosos los pueblos que viven desnudos, y cuyo figurín está cortado por la tijera creadora. Entre ellos no están vedados los airosos plegajes de la clásica estatuaria y las siete brillantes notas iniciales del iris no están

sustituídas por ese *iris* de las setecientas mezclillas occidentales, entre cuyos colores predominan por su elegancia la fresa aplastada, el lodo de París, el humo de Londres, el polvo de Madrid, la rata enferma y la panza de burra. ¡Bonito prisma!

El progreso es nuestra virtud y nuestro vicio; el progreso es el cambio y por él necesitamos el traje semanal, el placer mensual, el ministerio trimestral, el eterno juguete de la civilización. ¡Ah! con razón le dijo á Herodoto aquel sacerdote de Sais: «Siempre seréis niños». Y sí lo parecemos por nuestros caprichos sociales, que contrastan con la severa quietud y dignidad del Oriente. No hablemos de nuestras casas de vecindad, viveros de todos los vicios y hasta epidemias, que hacen envidiable la tienda del beduíno; ni de nuestros hogares domésticos, que una ingeniosa dama amiga mía llama hogueras domésticas, con sus dramas y divorcios espirituales, ante los que son meros sainetes los chismes de los harenes de la poligamia oriental que tanto nos escandalizan... en teoría; ni los supuestos estragos del opio, menos dañoso que el tabaco, y sobre todo esa dipsomanía, ese alcoholismo que es el pecado capital de este continente, donde hay algo más podrido que en la Dinamarca de Hamlet, algo más degenerado que lo que pinta Max Nordau en su libro, hoy á la moda; algo que ha convertido el sentido común en el delirio común, algo que ha sustituído el oro al hierro de la sangre y nos ha fermentado y *gusaneado* el tuétano de los huesos; algo, en fin, que someterá nuestra locura final al juicio final de una tremenda revolución, cuya trompa apocalíptica, en vez de á resurrección de muertos, quizás tocará á exterminio de vivos.

No me toméis por un renegado de la civilización, por un reaccionario que aspira á que el planeta gire desde hoy al revés para desandar la órbita de la historia y volver al siglo primero de la vida. Yo soy un anticipado, mi siglo es el cincuenta; pero en los edenes ecuatoriales he visto el tipo de las primeras inocencias humanas, y he sospechado que allá en remotas edades, cuando hayamos agotado la civilización y el saber nos pese, y el arte nos hastíe, y el lujo nos abrume; cuan-

do los hombres no crean en sus dioses, ó más bien, los dioses no crean en sus hombres; cuando esa química, de que nos acaba de hablar el gran Berthelot, nos condimente los insulsos alimentos del laboratorio; cuando en el siglo XXIX se agoten los 350.000 millones de toneladas de hulla almacenados para el consumo de diez siglos; cuando la nieve empiece á tender su sudario mortal sobre la yerta Europa, sin fuego, ni vapor, ni motor, ni hogares; cuando el salvaje de que nos habla Macaulay contemple solitario las ruinas de Londres, como nosotros las de Memfis, Palmira y Babilonia; cuando, cerrándose el círculo del progreso, el hombre post-histórico busque al prehistórico, á Protógonos, su abuelo, quizás entonces serán aquellas selvas de Sumatra, Java, Borneo y Malaca, de donde vengo, los refugios, los solares del hombre futuro, que irá á buscar allí la cuna de sus padres, la paz de sus inocencias, la verdura y perfume de sus flores, la miel de sus frutos, el calórico fecundo y vital del Ecuador, el Igualador de estaciones, el ponderador del día y de la noche y dispensador de temperaturas que no exigen las defensas, los lujos y los martirios del frío. Volverán á buscar el estado agrícola, nómada, forestal, igualitario, á *naturizar* el plasma de la sangre, ya impurificada hoy, que en la mezcolanza de razas y clases no quedan más que tres aristocracias de casta y *pur sang*: los judíos, los bramines de la India y los caballos de carrera.

No soy yo quien ha de fallar el gran pleito etnográfico entre el Oriente y el Occidente por sólo mis impresiones de unos meses en aquellas regiones. En ellas suspiraba por mi Europa, por mi España, por mi Madrid, por mi Ateneo, por vosotros, con vuestros ropajes negros, con vuestras enfermedades morales, con vuestras desdichas sociales, pero con el cerebro ennoblecido con la llama del saber y las frentes coronadas por las divinas aureolas del pensamiento.

Seducido por los esplendores de aquella Naturaleza virgen y aquella humanidad libre, tranquila, sobria, elegante, innecesitada y opulenta por su misma pobreza, como Decálogo de mi filosofía, como resumen de mis observaciones, he formulado las Bienaventuranzas de la vida oriental y las Malaventuranzas de nuestra civilización:

Bienaventurados los pueblos desnudos, porque de ellos es el reino de este suelo.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed sólo de pan y agua, porque ellos serán los únicos saciados.

Bienaventurados los idólatras del Sol, porque éste les verterá su calor, su luz y los tesoros de la madre Tierra.

Y... malaventurados los pueblos vestidos, porque serán los esclavos del demonio de la Moda.

Malaventurados los que tienen hambre y sed de lujos y placeres, porque siempre estarán hambrientos y sedientos.

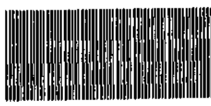
Malaventurados los que padecen persecución por el frío, porque ellos vivirán dando diente con diente.

Malaventurados los fanáticos del oro, porque ellos se arrastrarán por el barro.

Malaventurados los eternos necesitados de la civilización, porque de ellos serán los reinos del Déficit, la Trampa y la Hipoteca.

Y... malaventurados, sobre todo, vosotros, que habéis soportado con paciencia el cuadro de mis «Panoramas orientales» y las paradojas, y acaso desatinos, de mis locas impresiones de viajero-poeta.





BIBLIOTECA NACIONAL
1000540141